

BOLSILIBROS
BRUGUERA



EDICIONES

B

Lou Carrigan

CUERVOS



Lectulandia

Naturalmente, eran negros; torpones en el vuelo, amplios de línea de voladura, tétricos. Cuervos. Eran como manchas de mal augurio en el limpísimo azul del cielo. Y realmente no demasiado torpones. Más bien algo pesados, como si el vuelo fuese un trabajo pesado para ellos. Y no lo era. Los cuervos nacieron para volar...

Lectulandia

Lou Carrigan

Cuervos

Oeste Legendario - 110

ePub r1.0

Titivillus 21.05.2019

Título original: *Cuervos*
Lou Carrigan, 1989

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

CUERVOS

LOU CARRIGAN

PRELUDIO RANKIN, CONDADO DE UPTON, TEXAS, 1868

El juez Grover Delano Queer esperó a que los doce hombres se sentaran. Entonces, con voz tensa que a nadie pasó desapercibida, preguntó:

—¿Han llegado a un acuerdo los señores del jurado?

El portavoz se puso en pie.

—Sí, Su Señoría.

Grover D. Queer se mordió los labios. Luego miró a Lester Stovall, su amigo, alto y firme como él, más tosco, pero con la misma expresión de absoluta honradez en su mirada serena.

—Póngase en pie el acusado.

Lester Stovall y su abogado se pusieron en pie. El silencio casi podía llamarse palpable en la sala.

El juez miró de nuevo al presidente del jurado.

—¿Cuál es el veredicto?

—Hemos encontrado al acusado culpable del doble asesinato cometido en las personas de Albert Paxton y su hijo Dave Paxton.

Los asistentes al juicio no pudieron reprimir un murmullo. Todos conocían a Lester Stovall. Difícilmente se podía haber encontrado en todo Texas un hombre mejor. Sin embargo, el jurado obraba con absoluta imparcialidad, honradamente. Las pruebas reunidas contra el acusado eran aplastantes, y en verdad el veredicto era el que todos habían temido.

Lester Stovall encajó el veredicto con serenidad admirable, si bien no pudo evitar palidecer intensamente.

Pero todos se preguntaron quién estaba más pálido en aquel momento: si el propio acusado o Grover D. Queer, el juez que se disponía a dictar la sentencia definitiva.

Sólo podía ser una:

—Lester Stovall —la voz del juez era ronca, difícil—: has sido juzgado de acuerdo a la ley más ecuánime. Se te ha concedido oportunidad para

defenderte. Sin embargo, las pruebas aportadas por el fiscal han sido absoluta. De acuerdo a las leyes constitucionales de este Estado de Texas, y en virtud de los poderes que se me han conferido para hacerlas cumplir, te condeno a ser colgado por el cuello hasta que mueras. Dios... Dios tenga piedad de tu alma...

No dijo nada más.

Y había dicho demasiado. Todos lo sabían. Grover D. Queer no hubiese podido pronunciar una sola palabra más, aunque le hubiese ido la vida en el empeño. Acababa de dictar sentencia. Acababa de dar un fallo legal definitivo, de acuerdo a sus obligaciones. No podía pedirle nada más. No se podía esperar que dijese nada más después de condenar a muerte a su mejor amigo.

Durante unos segundos nadie se movió. Unos miraban hacia el acusado; otros, hacia el juez. Y acusado y juez se miraban fijamente.

Poco a poco, el público que había asistido al juicio comenzó a desfilar. Al medio minuto, en la sala únicamente quedaban el juez, el acusado y el alguacil que vigilaba a éste.

Los dos hombres se miraban tan fijamente que el alguacil esperó todavía casi otro minuto antes de musitar:

—¿Vamos, Lester?

Lester Stovall miró al alguacil.

—Cuando, quieras, Mike.

Mike Spiers inclinó la cabeza.

—Lo... lo siento, Lester. ¡Santo Dios, quisiera morirme esta noche...! Quisiera que fuese otro el que..., el que...

—No creo que nadie se ofrezca para abrir la trampilla, Mike, —una sonrisa terriblemente falsa, desolada, pasó por los lívidos labios de Stovall—; tendrás que ser tú quien me ahorque.

—¡Por Dios! —tartamudeó el alguacil.

—Llévame a la celda, por favor, Mike.

—Lester, si supiese qué tirando esta estrella al suelo no..., no iba a pasar nada... ¡Si yo pudiese de alguna manera...!

—Alguien ha de ahorcarme, Mike. Yo prefiero que seas tú, uno de mis viejos amigos.

Mike Spiers quedó tan pálido como el acusado y el juez al oír aquellas palabras. Parecía a punto de echarse a llorar, pese a su aspecto rudo, de hombretón maduro y bronco.

Imposibilitado para decir nada más, tomó ligeramente a Stovall por un brazo, conduciéndolo hacia la salida trasera de la sala destinada a juicios en Rankin.

Grover Delano Queer continuaba en su sitio. Cuando el sentenciado se detuvo ante el estrado, frente a él, no pudo resistir más. Incluyó la cabeza y reprimió en lo posible un sollozo. Un sobrecogedor sollozo profundo, viril.

—Grover, no has dicho cuándo han de colgarme.

—Por... por el amor de Dios, Lester.

—¿Cuándo?

—La costumbre es... Tú lo sabes.

—Al amanecer del día siguiente... ¿No?

—Lester...

—No seas niño, Grover —sonrió destiladamente de nuevo Stovall—; tú sabes que no merezco la muerte por esto. Pero quizá la merezco por aquellas manzanas que robábamos juntos al viejo Archibald... ¿Lo recuerdas?

—Dios... Dios mío...

—Estoy seguro, ya que tanto lo nombramos, de que Él me comprenderá mejor que vosotros... Mejor que ellos, los del jurado, quiero decir, Grover. No te desconsueles: no podías dictar otra sentencia más que ésta. Adiós, Grover.

—Lester, yo... Tu hija.

—No te preocupes por ella.

—Pero yo..., yo... ¡Ella es tan pequeña...!

—Mi hermana vive en Saint Angelo. Ella cuidará de Olivia. De todos modos, Grover, agradezco lo que ibas a proponerme. ¿Volveré a verte?

—Si tú quieres, sí, Lester.

—Prefiero que no. No es rencor. Soy sincero contigo, Grover: sé que no podías hacer otra cosa. En tu lugar y con tu mismo dolor, yo habría hecho lo mismo —tendió la mano por encima del estrado—. Adiós, compañero.

Grover Delano Queer alargó la mano y estrechó la de su amigo. Fue un apretón seco, duro. El apretón de manos de dos hombres que saben que nada ha dependido de ellos, que nada ha podido hacerse.

Luego, Mike Spiers se llevó a Lester Stovall.

La sentencia se cumpliría al amanecer.

* * *

Se veía la trampilla abierta. Allí dentro, en el hueco mortal del cadalso, olía a madera fresca. Mike Spiers había quitado ya la soga de alrededor del cuello de Lester Stovall. El lazo era como una presencia tétrica allí dentro.

Tras el examen de ritual, el doctor Lindgren se incorporó, miró al alguacil y al juez, ambos palidísimos, y musitó:

—La sentencia se ha cumplido: Lester Stovall ha muerto.

CAPÍTULO PRIMERO RANKIN, CONDADO DE UPTON, TEXAS, 1880

Naturalmente, eran negros; torpones en el vuelo, amplios de línea de voladura, tétricos. Cuervos.

Eran como manchas de mal augurio en el limpísimo azul del cielo.

Y realmente no demasiado torpones. Más bien algo pesados, como si el vuelo fuese un trabajo pesado para ellos. Y no lo era. Los cuervos nacieron para volar...

Para volar sobre carroñas o algo que pronto se convertiría en tal de no estar ellos allí. Eran los elementos de limpieza del llano. Primero volaban alto, en grandes círculos muy abiertos, como desconfiados. Luego, el vuelo se hacía más bajo. Más bajo. Más bajo.

Finalmente pasaban muy cerca de la roja tierra, sobre su futura pitanza. La inspeccionaban. No es cierto que a los cuervos les guste la carroña; digamos que, simplemente, no la desprecian.

Pero prefieren lo bueno.

Algo recién muerto.

A ser posible, que casi esté todavía palpitando. La carne es entonces menos dura; la sangre, más satisfactoria.

El vuelo del cuervo es silencioso. Jamás se presenta emitiendo graznidos. Simplemente, uno se muere y al instante las tétricas manchas aparecen en el cielo, girando, girando, girando...

Cuervos.

Son astutos.

Aunque les guste la carne fresca, jamás se acercan, descienden sobre ella, si existe el más remoto peligro. Cuando los cuervos descienden sobre su próxima pitanza, algo hay seguro en el mundo: la presa está lista. Raramente podrá presentar batalla a los agudos picos curvados. Nada importa que aún la presa esté palpitando. Lo cierto es que, palpitando o no, latiendo o no el

corazón todavía, no existirán fuerzas suficientes para defenderse de los picos duros y ávidos. La muerte será entonces peor, horrible.

Pero muerte.

Simplemente, muerte.

Los cuervos son astutos, ladinos, solapados. ¿Para qué gritar? Un solo graznido puede ocasionar la presencia de alguien que entierre la presa. Alguien completamente vivo y fuerte, que, aunque sea con un cuchillo, cave una fosa... y los deje en ayunas.

¿Para qué gritar?

¿Para qué presentarse?

A veces, los hombres llegan a conocer muy bien a los cuervos. A lo mejor, desde media milla, un hombre se echa un poco más hacia la frente el sombrero, mira a lo lejos y se dice:

“Cuervos...”.

Lin Westen ni siquiera necesitó echarse el sombrero más hacia delante. Y tampoco dijo:

“Cuervos...”.

Tan sólo detuvo su caballo un instante, sonrió y dijo en voz alta, como si quisiera que le oyesen en la misma Saint Angelo:

—Ahí están, tan simpáticos como siempre. Algún día, Lin, esos chicos de negro plumaje volarán sobre ti. Para entonces procura estar gordito, bien cebado, sonrosado. Seguro que entonces te devorarán con más delicadeza. No se come de la misma manera un plato de judías con tocino que un pato asado... ¡Caramba, no! Lo que hay que procurar es ser siempre un pato, aunque sea asado.

A Lin Westen le gustaban los cuervos. Mejor dicho: le hacían gracia. Y a la vez le daban un poco de pena.

El hombre, cuando quiere o necesita algo, va a por ello. Los cuervos, pobrecitos, sólo pueden esperar. A veces, hasta es milagroso que consigan volar, pues su debilidad ha de ser grande.

En menos de dos minutos. Lin Westen llegó junto a la presa de los cuervos.

Y entonces miró hacia lo alto, como apesadumbrado.

—Pues lo siento, chicos, pero no puedo convidaros. Es un hombre. Quizá debo suponer que ha muerto de sed, o de hambre, o de insolación, antes de llegar a Rankin.

Pues, no.

No.

El hombre no bebía muerto de sed. Ni de hambre. Ni de insolación. Tres manchurroneos de sangre en su espalda destruían cualquier hipótesis de las tres mencionadas. Y otras muchas hipótesis. Lo abrumadoramente cierto era que aquel hombre estaba muerto porque tres plomazos en la espalda, todos ellos casi tocando el corazón, bastaban para quitarle el resuello a cualquiera.

Lin musitó:

—Habéis sido muy prudentes en esta ocasión, chicos, porque este hombre hace ya más de una hora que está muerto... supongo.

En vida, aquel hombre había sido fuerte, robusto, alto. Tenía la cabellera gris, con algunas hebras aún negras; su rostro firme, agradable; unas facciones pasmosamente honradas.

—Y es natural... Los tipos que mueren por la espalda suelen ser estupendos, honrados y valientes. Por eso los matan por la espalda: porque no se atreven a hacerlo de frente.

No era momento de filosofar. Era momento de envolver el cadáver en la manta de viaje arrollada y encintada al borrén de la silla de montar, de hacer un digno paquete y de continuar viaje hacia Rankin. Afortunadamente, quedaban pocas millas y el caballo de Lin Westen aguantaría la sobrecarga.

* * *

Cuando el paquete estuvo en la grupa de su caballo, Lin miró otra vez hacia lo alto y frunció el ceño.

—Está bien, está bien, ¿qué pasa? Largaos ya de una maldita vez si no queréis que os dé un susto.

Cuervos.

No entendían el lenguaje del hombre. Solamente el de su voracidad jamás satisfecha.

—Sea —sonrió Lin—: vosotros lo habéis querido... De momento, me limitaré a asustaros; pero si insistís...

Alucinante.

La mano derecha de Lin Westen se movió a una velocidad increíble. Visto y no visto. Tres disparos. Tres puñados de plumas revolotearon más altas que sus propietarios. Éstos y sus compañeros se alejaron a todo batir de alas, discretos, silenciosos. Las plumas fueron cayendo lentamente hacia la roja, abrasada tierra.

—Veo que nos entendemos —rió Lin.

Enfundó el revólver, montó en su caballo y continuó cabalgando hacia Rankin.

* * *

Aunque el hombre iba bien enfardado, todos cuantos vieron entrar a Lin Westen en Rankin supieron enseguida que se trataba de un cadáver. No era una visión nueva, ni mucho menos.

Discretamente fueron siguiendo al forastero, que, sin desmontar, continuaba cabalgando al paso calle abajo. La gente se constituyó en un cortejo disperso, silencioso y curioso, caminando por las aceras. Hacía un sol de cien mil diablos, y quizá por eso buscaban la sombra de los porches.

El hecho de que el forastero se detuviese ante la oficina del alguacil no sorprendió demasiado. Estaba bien claro que si se había molestado en llevar el cadáver al pueblo era porque él no tenía nada que ver con la muerte.

Naturalmente.

Lin detuvo el caballo ante la oficina de la ley, sacó lentamente el revólver y efectuó un disparo al aire. Dos segundos después, un hombre con una placa sobre el corazón salía de la oficina masticando algo y con un pote de café en la mano izquierda. En la derecha llevaba el cinto con el revólver enfundado, y no parecía haber encontrado la manera de masticar, beber café y ceñirse el cinto todo a la vez.

—Hola —dijo Lin.

El alguacil dejó el pote de café sobre la barandilla del porche, escupió hacia la calzada lo que estaba masticando y, por fin, utilizando las dos manos, se ciñó el cinto. En aquel espacio de tiempo, Lin Westen podía haberlo matado quinientas veces, más o menos...

—¿Qué diablos ocurre?

Lin pareció rascarse la nuca cuando señaló el paquete que llevaba a la grupa de su caballo.

—Encontré esto por ahí. Quizá usted sepa dónde puedo dejarlo.

Desmontó, escupió hacia un lado, sacó un cigarro, mordió la punta, volvió a escupir y lo encendió. Mientras tanto, Carel, el alguacil de Rankin, había requerido por señas la ayuda de dos de los curiosos, y entre los tres habían llevado al porche el cadáver tan bien envuelto. Lo primero que descubrieron fue el rostro.

Entonces Carel se mordió los labios, miró de reojo al forastero y dijo:

—Es Mike Spiers.

—¡Ah!

—¿Lo mató usted?

—¿Es usted inteligente?

Carel frunció el ceño.

—Sí, lo soy.

Lin Westen mostró una expresión aburrida.

—Yo también, alguacil.

—Comprendo. ¿Dónde lo encontró?

—En el llano. Tiene tres balazos en la espalda. En mi opinión, se los...

—Guárdese su opinión.

—Bueno. ¿Puedo marcharme?

—¡No!

—Como quiera. Así podré recoger mi manta y mi soga. Uno nunca sabe cuándo puede necesitarlas otra vez. Pero... Bueno, el caso es que tengo que ir a...

—¡Usted no irá a ningún sitio! ¡Déjeme ver su revólver!

Lin Westen sonrió inexpresivamente.

—Gracioso —susurró—. Muy gracioso, alguacil. ¿Dice que quiere ver mi revólver?

—Eso he dicho.

—¿Cree que he tenido algo que ver con esa muerte?

—Su revólver, forastero... ¿Cómo se llama usted?

—Lin Westen. ¿Le gusta?

—Deme su revólver.

—¡Y dale! Usted está soñando, amigo.

—Si no me da su revólver, voy a meterlo en una celda.

—Allá usted. Pero quiero que, en ese caso, avisen inmediatamente al juez... al juez: ... Un momento —sacó un sobre arrugadísimo del bolsillo de la cazadora y le echó un vistazo—. Al juez Grover Delano Queer. Eso es.

Carel, el alguacil, parpadeó incrédulo.

—¿Trae usted una carta para el juez?

—Sí.

—¿Qué clase de carta?

Una expresión de perplejidad apareció en el rostro de Lin.

—Pues no lo sé... Me dieron esta carta y me dijeron que viniese a verlo. Eso es todo.

—¿Quién le dio la carta?

—Su tía.

—¿La tía del juez?

—La de usted.

Carel enrojeció. Pareció a punto de llevar la mano a su revólver, pero algo no le gustó de aquel tipo mal encarado, barbudo, sucio, de mirada torva y dientes de lobo hambriento.

Se volvió hacia los dos hombres que le habían ayudado, y entre los tres desenvolvieron el cadáver. Entonces Carel tiró la manta y la soga a las manos de Westen, al mismo tiempo que llevaba su derecha hacia el revólver.

Pero cuando la palma de aquella mano tocaba el arma, Lin Westen, que dejó que la manta y la soga cayesen al suelo, ya tenía su revólver en la mano derecha y lo movía como asombrado; mirando burlonamente al alguacil.

—¿Sabe? —sonrió de pronto—. A veces, sin saber por qué, me entran unas ganas terribles de mirar muy de cerca mi revólver. ¿Iba a decir algo especial?

Carel había pasado del sonrojo a la palidez más absoluta. Su mano parecía pegada al revólver. Lin Westen era quizá un forajido desaliñado, pero no era ni tonto ni manco.

—Iba a decir que iremos los dos a ver al juez.

—Por mí no hay inconveniente, alguacil.

Enfundó el revólver, dobló las rodillas, recogió la manta y la soga y se las echó de cualquier manera al hombro.

—Listo.

—¿Y su caballo...?

—Como es mío, hago con él lo que me da la gana. El pobre ha galopado mucho. ¿Va a ser tan amable de indicarme la casa del juez..., del juez...?

—Queer.

—¡Eso es! Es un apellido poco corriente ¿eh?

Carel se dirigió a los dos hombres que hasta entonces le habían ayudado:

—Llévadlo a la funeraria y avisad al doctor Lindgren. Pasaré por allí en cuanto, me sea posible.

Echó a andar más hacia el sur de la calle principal. Poco después se detenía ante una casa bonita, de tejado rojo, con jardín y estanque en la parte delantera. En el piso alto había un gran balcón sobre el porche.

—¿Vive aquí el juez? —preguntó Lin.

—Sí.

—Pues le envidio usted ¿no?

Carel refunfuñó algo, empujó la puertecilla de la valla y entró en el jardín. Cuando los dos llegaron al porche, Lin se adelantó hacia la puerta.

Y justo en el momento en que iba a llamar, la puerta se abrió.

Una muchacha de alrededor de veinte años apareció en el umbral, sonriendo angelicalmente. Al ver a Lin, la sonrisa quedó como petrificada. Luego se convirtió en una mueca de asombro. La expresión final ante aquel tipo sucio, barbudo; polvoriento, desgredado, de rostro torvo, camisa remangada, cazadora a la cual faltaba un bolsillo y sonrisa de medio asesino que se las da de simpático, fue de susto. La muchacha no pudo contener un respingo.

Lin se había quitado el sombrero y sonreía como un coyote viejo muerto de hambre. Una sonrisa que ni siquiera habría podido convencer al hombre que había hallado muerto en el llano.

—¿Vive aquí el juez..., el juez...?

—Sí... Sí, señor...

Lin miró de reojo al alguacil.

Y dijo:

—Me gustaría echarle un vistazo.

—¿Qué...? ¿Cómo..., cómo dice...?

—Digo que me gustaría ver al juez, señorita.

—¡Oh, pues...! Yo no sé si...

Carel, que también se había quitado el sombrero, adelantó un paso en el porche.

—Este tipo quiere ver a su padre, Wilhemina —farfulló—. Asegura que trae una carta para él.

—Bueno...

—¿Ni siquiera usted va a creerme? —gruñó Lin—. Está bien: aquí tiene la carta...

La muchacha alargó la mano, tomó la carta y, nada más ver la letra, una sonrisa que estuvo a punto de derribar a Lin se formó en sus rosados labios.

—¡Oh, es de...!

Lin le arrebató la carta de un manotazo.

—Bueno: ¿veo o no veo a su padre?

—Pe... pero...

—Si sabe leer se habrá dado cuenta de que la carta va dirigida a él..., y a nadie más.

—¡Oh, yo...! Sí, claro... ¿Quiere, quiere pasar?

—Bueno.

Carel frunció el ceño. Y cuando Lin Westen entró en la casa del juez, él hizo lo mismo, sin que ya Westen pareciera preocupado por tenerlo a su

espalda.

La muchacha llamada Wilhemina guió a los dos hombres hacia una de las puertas que daban al amplio vestíbulo, llamó en ella con los nudillos y dijo:

—Papá, un... un hombre quiere verte. Trae una carta de tío Douglas para ti.

Tras las últimas palabras de la muchacha, Lin torció el gesto y Carel compuso uno de asombro, de incredulidad más bien; Pero al instante pareció más tranquilizado.

—Pasa, Wilhemina.

La muchacha abrió la puerta. Ella, a juicio de Lin, era algo estupenda: rubia, ojos verdes, boquita rosada, cuerpecillo delicado y ciertamente muy femenino, expresión dulce...

El hombre que estaba sentado tras una recargada mesa de despacho merecía ser el padre de aquella preciosidad. A los cincuenta años, Grover Delano Queer se conservaba magníficamente atractivo, canosos los aladares, tostado el rostro, erguido el busto, firmes los hombros, directa, firme, inteligente la mirada, áspero el gesto de su boca... Vestía con una corrección que contrastaba con el descuido, la suciedad de su visitante.

Al ver a éste, Grover Queer alzó las cejas.

—¿Éste es el hombre qué viene, de parte de tío Douglas, Wilhemina?

—Sí... Trae una carta de él. Yo..., yo la he visto.

—¡Ah, bien...! ¿Qué le trae por aquí, Carel?

—He visto... Bueno, este hombre ha traído hace unos minutos el cadáver de Mike Spiers sobre su caballo y...

Grover Queer se puso en pie violentamente. Su rostro palideció en menos de un segundo hasta el máximo.

—¿El cadáver de Mike?

—Sí. Él... Bueno, este hombre dice que lo encontró en el llano con tres balazos en la espalda. Yo creía que quizá tendría algo que ver con eso; pero si viene de parte de su hermano... Bueno, su hermano Douglas es capitán en los Rurales, señor juez. Si envía a este hombre, debo entender que... Bueno, digamos que no debemos creer que es un asesino... ¿No?

El juez se sentó. Todavía estaba pálido y movía los labios diciendo algo que sólo él podía entender o saber.

De pronto miró a Lin.

—Si trae una carta para mí, será mejor que me la entregue ya, señor...

Lin Westen no dijo su nombre. Adelantó unos pasos y entregó la carta a Queer. Éste la abrió, la leyó rápidamente y la dobló. Miró a Carel.

—Está bien, Ralph: puede marcharse.

—Si me necesita...

—No, no, gracias.

Carel miró una vez más a Lin Westen, no convencido todavía de la honorabilidad de éste. Realmente había para dudar de ella, dado el aspecto de Lin, de lo más zarrapastroso y rufianesco, maligna la expresión, torva la mirada. Era un claro exponente de la clase de individuo de la que uno no debe fiarse jamás. ¡Y lo enviaba Douglas Queer, el hermano del juez! ¡Douglas Queer, capitán de Rurales en Saint. Angelo!

El alguacil apretó los labios.

—¿Es cierto que lo envía su hermano de usted, señor juez?

—Es cierto, Ralph.

—No me digo que esto es un rural.

Queer dio un suave golpecito a la carta.

—No lo digo, Ralph, porque mi hermano tampoco afirma aquí semejante cosa. De todos modos, creo que no debemos temer... gran cosa de él. Hasta luego, Ralph. Acompáñalo, Wilhemina, por favor.

—Hasta luego.

El alguacil salió de la casa no muy convencido. Cuando la muchacha regresó al despacho de su padre, éste se hallaba releyendo la carta.

—¿Qué dice tío Douglas, papá?

—Te la voy a leer... si el señor Westen no tiene inconveniente.

Miró a Lin. Éste sonrió a travésadamente.

—Ninguno, señor Queer. A mí también me gustará saber qué es lo que dice la carta.

—¿Acaso no lo sabe?

—No, señor. El capitán... Bueno, su hermano me la dio y me dijo: «Lin, ve a ver a mi hermano. Tiene un rancho cerca de Rankin, en el condado de Upton, a unas cien millas de aquí. Le das esta carta y él decidirá algo después de leerla». Eso me dijo. Lo que no me dijo...

—¿Qué es lo que no le dijo?

—Pues que usted tenía una hija que... Vamos que...

Wilhemina Queer enrojció, y su padre también, aunque menos. Con vez seca advirtió:

—Voy a leer la carta. Dice así:

«Querido Grover:

»Te mando a Lin Westen, un tipo de cuidado. Estoy seguro de que no vas a negarle cualquier puesto a tu lado. El muchacho necesita una oportunidad

honrada, y creo que tú, mi único hermano, con un rancho de propiedad y muchos problemas seguramente, puedes proporcionársela. Lin es uno de esos tipos que, aunque saliesen de presidio hoy, merecen una oportunidad mañana. El mañana de Lin está en tus manos. Yo he hecho por él cuánto he podido, pero hay cosas que ni siquiera un capitán de los Rurales puede lograr. Quizá un juez lo consiga. Lin es un chico algo inquieto y peligroso, pero creo que tiene, buen fondo, y eso es algo que debemos tener muy en cuenta los que nos hemos puesto al completo servicio de la ley y la justicia. Como juez que eres, quizá tú sepas encauzarlo debidamente, aunque no quiero engañarte: quizá te resulte un poco difícil. Lin es un tipo de esos que dicen: «Dadme un revólver y olvidadme». Pero me pregunto si no podría abrirse camino con algo que no fuese un revólver. ¿No podrías proporcionarle ese algo?

»Estoy seguro de que nuestra pequeña Wilhemina estará tan bonita como siempre y que tú seguirás impartiendo justicia con tu equidad de siempre. Yo, pues eso: solterón y malgeniado, siempre luchando con estos muchachos que se juegan el pellejo por cuarenta o cincuenta dólares al mes para atrapar a tal o cual forajido de esos de malas entrañas y revólver rápido. No hace ni dos semanas me trajeron muertos a dos de mis muchachos. Fue un golpe terrible, te lo juro. Uno de ellos tenía veintidós años y hacía tres días que se había afeitado por primera vez. El otro tenía cuarenta y seis, y se supone que debía enseñar al muchacho a atrapar forajidos. Según se desprende, nunca se sabe lo bastante de esto... De todos modos, en los Rurales se está bien, y hay muchos muchachos que darían el pescuezo por estar en mi cuartel. No por mí, claro... Quiero decir que hay algo indefinible en eso de decir: «Ojo, que llega un rural: ése soy yo». De todos modos, cada día tenemos hombres más duros y sensatos, difíciles de engañar y rápidos con el revólver, que ahí está lo interesante del asunto...

»Sigo creyendo que no diste en el clavo al hacerte juez. Estarías mejor aquí conmigo... O en otro destacamento, claro. En fin, paciencia. Le dices a Wilhemina que si no fuese su tío me enamoraría de ella cada vez que la viese, y que tenga cuidado cuando se decida a elegir marido. No es cosa fácil encontrar un tipo que encaje para ella. Supongo que recibirías mi carta de anteayer, en la que te decía cosas muy interesantes sobre Olivia Stovall, la hija de Lester Stovall... No es que pretenda recordarte aquella vieja historia que te desmoralizó tanto hace doce años. Tan sólo quiero saber si recibiste la carta.

»Y nada más, Grover. Un fuerte abrazo de tu hermano que no te olvida.

»Douglas.

»P. D. Besos a Wilhemina... Y procura hacer algo por Lin Westen. El necesita una cierta clase de ayuda que sólo una persona inteligente puede prestarle. Tú, por ejemplo... Adiós».

—¿Hace poco que salió usted de presidio, Westen?

—Eso no lo dice la carta, juez.

—No, es cierto. No lo dice... claramente. Pero yo le he hecho una pregunta concreta.

—Al diablo.

Wilhemina respingó. Su padre, muchísimo más sereno, se limitó a fruncir el ceño.

—¿Cómo dice?

—Digo que si su hermano no se expresa claramente con usted, no tengo por qué hacerlo yo. Él sabe lo que escribe, ¿no?

Queer pareció asombrado. Presidiario, posiblemente. Tonto, de ninguna manera.

—De acuerdo, Westen. Pasaremos por alto ese significativo detalle. Pero quiero que sepa algo: si va a entrar a mi servicio de un modo u otro, tendrá que contestar correctamente a todas mis preguntas.

—Ya veremos.

El juez volvió a fruncir el ceño.

—Veamos: ¿qué sabe hacer?

—Disparar. Lo hago muy bien.

—Eso lo creo. ¿Qué más sabe hacer?

Lin se rascó la nuca.

—Bueno...

—¿Sabe enlazar y marcar?

—¿Cómo?

—¿Qué sabe de las vacas? —se armó de paciencia Queer.

—Pues... ¡Oh, sí!; suelen tener terneros... ¿No?

Wilhemina se sonrojó levemente. Queer se dijo que estaba ante un caso especial de individuo.

—¿Sabe ordeñar vacas, Westen?

—¡Claro que no! ¿Por quién diablos me ha tomado?

—¿Ha rodeado ganado alguna vez?

—No.

—¿Sabe herrar caballos?

Lin se desconcertó:

—No me diga que no hay herrero en este pueblo, juez.

—Lo hay, lo hay —suspiró Queer—. ¿Sabe algo de carpintería: reparar vallas de corralizas, carros, porches...?

—La carpintería es peligrosa, juez.

—¿Sí, Westen?

—Seguro. Un día se pega uno un martillazo en un dedo; a la media hora tiene que apretar el gatillo, y... ¿cómo lo hace?

—Tiene razón —ironizó Queer—. ¿Sabe cocinar?

—¡Oiga...!

Queer alzó ambas manos.

—Ya tenemos un cocinero en el rancho, Westen. Pero a veces el equipo tiene que ir a los pastos del otro lado del río y permanecen allí un par de días. O se quedan sin cocinero o ellos o nosotros. Si usted supiese cocinar...

—No cuente conmigo para eso.

—Dígame, Westen: ¿para qué puedo contar con usted?

—¿Por qué no se lo pregunta a su hermano, el capitán Queer, eh? Él es quien nos ha metido a usted y a mí en este lío.

Wilhemina no conseguía salir de su asombro. Queer estaba a punto de echarse a reír. La situación servía, al menos, para revelar la increíble desfachatez de Lin Westen.

—Me ha dado una buena idea, Westen: le preguntaremos a Douglas. De momento, considérese contratado por mí, y ya veremos...

—¿Sueldo?

Queer soltó un resoplido.

—¿Le parecen bien cien mil dólares mensuales?

—Creo que es demasiado... ¿No?

—Un poquito. Cobrará como el último de mis vaqueros, Westen, hasta que me demuestre que merece ganar más..., si es que consigue demostrar eso. Cuarenta dólares.

—Diarios, claro.

—Al mes, Lin, al mes —rió Queer.

Lin, encogió los hombros.

—Me lo temía —masculló—. Está bien: ¿qué hago?

—Lo primero será llevar un telegrama a la estafeta. Espere un momento mientras lo escribo, Lin.

Tomó un papel, humedeció la punta de la pluma de ave en el gran tintero que tenía en la mesa ante él y redactó el telegrama. Lin le estuvo contemplando en silencio, sin mirar ni una sola vez a la muchacha, que se sintió incomprensiblemente defraudada.

—Ya está —sacó unas monedas del bolsillo y las juntó al papel, tendiéndolo todo a Westen—. Vaya a imponerlo... y ya veremos qué pasa. Indícale desde la puerta dónde está la estafeta, Wilhemina... ¿Qué ocurre, Lin? ¿Hay algo que no le guste?

—Lo de Wilhemina —Lin frunció aún más el ceño—. Podría llamarla Mina, o Billie, o Wilmet..., o Minella. Sí, esto es: Minella me gusta mucho más que Wilhemina y, al fin y al cabo, es lo mismo.

—Lo tendré en cuenta, Lin. Hasta luego. Acompáñalo hasta la puerta, indícale la Western y regresa, Wilhemina.

—Sí, papá. ¿Ya no tengo que ir a...?

—No —cortó Queer—. Ahora tengo algo más importante de que ocuparme. Aunque..., aunque ya nada se puede hacer. Pero tenemos que ayudar a Carel a investigar lo ocurrido. Usted nos será de utilidad en eso, Lin.

—¿En qué?

—En lo de investigar lo ocurrido con Mike Spiers.

—Si se refiere al muerto, ya lo he dicho todo.

—Ya hablaremos de eso. Vaya a poner ese telegrama.

—Está bien.

Salió del despacho, seguido de Wilhemina, que lo miraba como si temiese algo de él. En toda su vida no había visto otro hombre cuyo solo aspecto resultase más inquietante que el de Lin Westen... Y dudaba mucho que lo viese alguna vez.

Fue Lin quien abrió la puerta, salió al porche, y cuando parecía dispuesto a cerrarla en la misma cara de la muchacha, se volvió hacia ésta.

—Señorita Minella: ¿tiene usted novio?

—¡Oh, no...!

Lin Westen sonrió como un coyote viejo muerto de hambre... que se encuentra de pronto ante un inesperado y maravilloso banquete.

Y dijo:

—Magnífico, magnífico...

Cerró la puerta, dejando a la muchacha dentro de la casa, y salió del porche. Su caballo esperaba dócilmente al lado de la blanca vallita de poco más de dos pies de altura que rodeaba el jardín.

Minella, muy sonrojada al comprender lo que Lin había querido dar a entender con su «magnífico, magnífico...», le estaba mirando a través del cristal de una de las ventanas. Le vio poner un pie sobre lo alto de la vallita, impulsarse hacia arriba, pasar la valla y caer sobre la silla de montar como aquel que no nace más que lo natural y corriente.

La voz de su padre, sonando a su lado, la sobresaltó:
—Me pregunto —gruñó Queer— qué clase de broma es la que nos ha querido gastar tu querido tío Douglas al enviarnos... «éso».

CAPÍTULO II

Para llegar a la estafeta de la Western Union, Lin tuvo que recorrer un buen trecho de la calle principal de Rankin. El suficiente, por lo menos, para pasar por delante de la funeraria.

No le gustaban las funerarias.

Por lo general, allí dentro se olía a madera barata y a cadáver. El olor de la madera solía ser tolerable. Pero el olor de cadáver resultaba francamente desagradable. Lo cual justificaba el relativo aprecio y simpatía que Lin Westen sentía por los cuervos. Allá donde hubiese cuervos, jamás se olía nada molesto. Los cuervos dejaban los cadáveres tan limpios que daba gusto. No había malos olores.

En cambio, una funeraria producía un cierto principio de náuseas que no siempre se podía reprimir, a menos que se tuviese un estómago forrado con plomo.

Lin Westen debía tener el estómago forrado con plomo, porque pasó por delante de la funeraria de Rankin sin tan siquiera arrugar la nariz. Y no hizo caso de las miradas que lo estudiaban. Ni de las muecas de desagrado. Aquel que creyese que un hombre debía ir perfumado y afeitado podía irse al infierno. Él era como era, y lo demás era pura tontería.

Entró en la estafeta y se quedó mirando con ironía ciertamente molesta al telegrafista, que era calvo, llevaba manguitos en los antebrazos y se veía bien claro, se afeitaba cada día.

Un asco.

—¿Diga, señor?

—Soy Lin Westen.

—¡Ah...!

—Yo traje ese cadáver que todos están mirando. Creo que en vida se llamó Mike Spiers... ¿No?

—Cierto.

—¿Un tipo simpático?

—En cierto modo. Mike cambió bastante el carácter hace unos doce años. Es una vieja historia... que quizá a usted no le interese.

—Amigo: a mí me interesan todas las historias. Pero ocurre que algunas ya las sé. ¿Qué tal si cursa usted un telegrama?

—Estoy aquí para eso, señor...

—Lin Westen. Ya lo dije.

—Sí, señor Westen. Ahí tiene un impreso...

—No me obligué a escribir nada. Sería terrible. Mire, el juez de este pueblo me ha escrito ya el telegrama.

—Hay que llenar el impreso.

Lin Westen se rascó la coronilla.

—Estoy de acuerdo con usted... ¿Sabe escribir?

—¡Naturalmente!

—Yo, no. ¿Le importaría llenar usted mismo el impreso? Quizá algún día yo pueda hacerle otro favor... ¿Vale?

—De acuerdo...

Lin tendió lo escrito por el juez Queer, y el telegrafista fue tomando nota en el impreso idóneo. El telegrama iba dirigido a Douglas Queer, capitán de los Rurales de Texas en el Cuartel de Saint Angelo. Y el texto era el siguiente:

«Llegó a Rankin un tipo mal encarado llamado Lin Westen *Stop* Exactamente es el tipo que tú me has recomendado para que haga algo con el *Stop* No tengo inconveniente *Stop* Pero, maldita sea, dime qué puedo hacer con un tipo que lo único que sabe hacer es disparar *Stop* Abrazos *Stop* Groven».

El telegrafista miró con más interés a Westen después de leer el telegrama.

—Es un telegrama poco corriente —comentó.

—A mí eso no me importa. ¿A usted sí?

—Tampoco.

—Perfecto. Ahora va a poner otro, amigo, por mi cuenta..., si no le parece mal.

—De ninguna manera. Adelante.

Tomó otro impreso y se quedó mirando a Lin. Éste se acarició la barbilla durante unos segundos antes de empezar a dictar:

«Llegado a Rankin con novedad *Stop* Encontré muerto en el llano a un tipo llamado Mike Spiers *Stop* Esto quiere decir que eres un tío listo *Stop* Y voy a demostrarte que yo también lo soy *Stop* Gracias por tu interés por mi

Stop Tu sobrina es una chica estupenda, caramba *Stop* Recibe un amistoso balazo de Lin».

El telegrafista consiguió cerrar la boca. Pero la movió para decir:

—Este telegrama tampoco es corriente.

Lin Westen sonrió, sacó el revólver, repuso los cartuchos gastados contra las alas de los cuervos y para dar su aviso de llegada a Rankin, y volteó el revólver.

—Amigo —dijo—, ¿no es cierto que los telegramas son secretos?

—Sí... Sí, señor.

—Bien. El telegrama del juez puede usted comentarlo con quien mejor le parezca. Pero...

El telegrafista tragó saliva, mirando el revólver.

—¿Sí...?

—Pero, si usted comenta con alguien, ni siquiera con su bisabuela, lo que dice mi telegrama..., es posible que vaya a reunirse con esa digna señora... ¿Está viva su bisabuela?

—No, señor...

—Pues ya no digo más. ¿Está claro?

—Cla... clarísimo, señor Westen.

—Usted es un tío listo. ¿Qué le debo?

Enfundó el revólver, pagó y salió de la estafeta.

Naturalmente, su caballo estaba delante de la estafeta. Cuando Lin caminó calle abajo, el caballo le siguió por la calzada. Y se detuvo delante de la funeraria cuando su amo hizo lo mismo.

Lin entró en la funeraria. Se quitó el sombrero y miró a su alrededor.

—¿Qué tal, juez?

Grover Delano Queer frunció el ceño hoscamente.

—¿Qué hace usted aquí, Lin?

—Paseando. Bueno, mire, eso no es verdad. Yo trabajo para usted, ¿no es así?

—Eso me temo.

—¡Vaya! Bueno, usted dirá qué tengo que hacer. ¿Qué tal si voy y me llevo por delante a los tipos que mataron a ese hombre llamado Mike Spiers?

Todos los presentes miraron casi sobresaltados a Lin Westen. Éste parecía no darse cuenta, porque se había acercado al cadáver metido en un ataúd y lo miraba con indiferencia sospechosa.

Estaban, además, del juez, el doctor Lindgren, el alguacil Carel, el dueño de la funeraria, llamado Blackledge, y su ayudante Kemp.

—Mire, Lin —musitó Queer—, creo que lo mejor que puede usted hacer es marcharse a mi rancho. Vaya allí, diga que trabaja para mí y pida lo que quiera. Eso es todo.

—Bueno. ¿De modo que no quieren que les ayude a matar a nadie?

—¡Santo Dios, claro que no!

Lin se rascó la coronilla, sacó la bolsita de tabaco y el rollito de papel de fumar y lió rápidamente un delgadísimo cigarrillo.

—De pronto, dijo:

—¿Y si alguien quisiera matarlo a usted también, juez?

Cuando encendió el cigarrillo todavía no había obtenido respuesta. Queer era el más pálido de todos.

Hasta, quizá, un poquito más pálido que el cadáver de Mike Spiers. Bueno, quizá.

—Nadie va a querer matarme a mí, Lin. Vaya al rancho.

—Bueno, como usted paga, usted manda... ¿Qué tal si me adelantase unos cuantos dólares para munición? Me queda muy poca y un tipo como yo no puede andar por ahí sin balas, claro.

—¿Cuánto?

—Pongamos quinientos.

—¿Quinientos dólares? —casi chilló Queer.

—¿Y pues? Cuando yo me pongo a disparar, el gasto no baja de quinientos dólares.

—Mire, Lin, no es momento de bromas. Tenga veinte dólares y no nos moleste más.

Westen tomó la moneda, sin mirarla, y la guardó en el único bolsillo de su cazadora.

—¿De veras quiere que me vaya al rancho, juez?

—Se lo ordeno.

—Maldita sea..., Ya sabía yo que algo iría mal... Adiós.

Cuando echó el último vistazo, lo hizo del modo más inocente posible, como si ni siquiera se diese cuenta de lo que había a su alrededor. Así lo creyeron todos. Naturalmente, estaban equivocados.

Salió al porche de la funeraria, chupó del cigarrillo y sonrió fríamente cuando vio a los dos hombres que estaban en actitud de espera en medio de la calzada.

Uno de ellos dijo:

—Hola, Westen.

El otro sonrió y exclamó:

—¡Vaya, vaya, a quién tenemos aquí...!

Lin ensanchó su sonrisa, de tal modo que no podía confundírsele con un coyote viejo.

—Hola, Steward. ¿Qué tal, Ashby?

Steward, que era el que había hablado primero, también sonrió.

—¡Qué casualidad más agradable encontrarte aquí, Westen! ¿No te parece, Ashby?

—Oh, sí. Es una casualidad muy agradable.

—Lo mismo digo, chicos. Os convidaría a un trago de *whisky*, pero tengo algo que hacer.

—¿Sí? ¿Acaso vas a matar a alguien, Westen?

—No, no. Bueno —su sonrisa pasó de la apariencia del arco iris a la de una tormenta—; quiero decir que no había pensado matar a nadie... Claro que si se presentase alguna oportunidad...

Naturalmente.

Había curiosos delante de la funeraria. Pero al oír las palabras de Lin Westen, los curiosos se escabulleron prodigiosamente rápidos. Entonces allí sólo quedaron Ashby, Steward... y Lin Westen.

—¿Te gustaría una oportunidad para matar, Westen?

—Nunca viene mal tirar de revólver, Steward.

—Lo que tú eres es un cochino...

—¡Cuidado, Steward! —advirtió rápidamente Westen—. Las bocas que se abren tanto como la tuya están expuestas a llenarse de plomo.

Steward y Ashby acercaron más la mano derecha a su respectivo revólver.

—Westen: te conocimos hace cuatro años. Cuando nos atrapaste...

—Ashby: tienes una boca enorme. Ciérrala. Sigue tu camino y olvídate de mí. Es la mejor manera de procurarte una larga vida.

—No seas fanfarrón. Ahora no es lo mismo. Vemos que no llevas en el pecho la...

—¿Qué tonterías estáis diciendo? Mirad, muchachos, hoy estoy de buen humor. Digámonos adiós, y hasta otra.

Estaba feo y sucio cómo nunca, amarillentos los dientes, larga la barba de casi una semana, desgreñado, apático. Pareció decidirse por caminar hacia su caballo, como si estuviese solo en el mundo.

Bueno.

No estaba solo. Ashby y Steward lanzaron una exclamación de rabia y dirigieron las manos hacia sus revólveres.

Al fin y al cabo, la funeraria estaba cerca.

Y seguramente había muchos ataúdes de madera de pino esperando ser ocupados.

Detrás de las ventanas de la funeraria, el propietario y su empleado, el doctor Lindgren, el alguacil Carel y el juez pudieron ver la más rápida pelea habida jamás en Rankin. Con cierta desoladora frecuencia, dos o más hombres se enfrentaban. En tales ocasiones, se armaba un tiroteo más o menos peligroso.

En aquella ocasión, no.

Simplemente, Lin Westen sacó su revólver una eternidad antes de que las manos de Ashby y Steward cayeran sobre los suyos. No se limitó a sacarlo. Adelantó la mano derecha, estirando casi completamente el brazo, y apretó el gatillo.

Quizá la bala disparada en primer lugar aún no había llegado al corazón de Steward cuando el canto de la mano izquierda de Westen llevó hacia atrás el percutor y el índice volvía a presionar el gatillo.

Quedó inmóvil, con las piernas un poco separadas y flexionadas, todavía el revólver humeante en su mano derecha.

Steward había saltado hacia atrás al recibir el plomo en el corazón. Ni siquiera había conseguido desenfundar el revólver. Se revolcó por el suelo un instante antes que Ashby, cuyo revólver, a medio sacar, saltó por el aire cuando el pistolero se estremeció al encajar también en el corazón el segundo plomo disparado por Lin Westen.

Los dos cadáveres quedaron muy juntos, sobre la espesa capa de polvo. Ashby había quedado boca arriba y, tras mirarlo brevemente, Lin se molestó en volver boca arriba a Steward, que yacía hundida su cara en el polvo.

Fue cuando estaba haciendo esto, precisamente, para convencerse de la muerte de Steward, cuando Lin se dio cuenta de que Wilhemina Queer estaba junto a la funeraria. A su lado había un muchacho joven y atractivo, horriblemente limpio y planchado.

Wilhemina Queer no conseguía contener el temblor de su barbilla, y estaba tan demudada como su joven y gallardo acompañante. Pero había mucho más horror en la expresión de la muchacha.

Lin torció el gesto al captarlo así. Se quitó el sombrero con la mano izquierda, teniendo todavía el revólver a la derecha, y saludó:

—¿Qué tal, señorita Minella? ¿Dando un paseo?

—U..., usted..., uuusted es...

El juez Queer ahorró a su hija el gran esfuerzo de completar la frase. Precediendo al alguacil, salió de la funeraria, bajó a la calzada, y se plantó

delante de Lin. Como si esto hubiera sido la señal, la población de Rankin se lanzó en peso a la calle.

—¡Guardese ese revólver, Lin! —exigió Queer.

—Sí, señor juez.

Pero primero, tranquilamente, repuso los dos cartuchos gastados. Mientras realizaba está, operación, miró de reojo a Carel, que estaba junto al juez y lo miraba a él como si todavía no hubiese comprendido los hechos. Blackledge y su ayudante Kemp estaban ya inclinados sobre los cadáveres, quizá tomando a simple vista las medidas para su último traje. El doctor Lindgren ya se incorporaba, convencido de ambas defunciones.

Carel pudo hablar, por fin:

—Señor juez: ¿de veras trabaja para usted este hombre?

—¡No! ¡No lo quiero a mi lado!

Lin no le hizo mucho caso. Prestaba más atención a Carel, que parecía dispuesto a tomar una decisión heroica.

—¿Qué pasa, alguacil? —gruñó—. ¿Acaso está pensando detenerme? Hay cientos de testigos que pueden jurarle a usted que no era yo quien quería pelear. Todos lo vieron... ¿Acaso tenía que dejarme matar?

Un murmullo recorrió la calle principal de Rankin. Un murmullo de aprobación unánime, indiscutible. Lin Westen quizá fuese un tipo que no caía muy simpático, pero la verdad era la verdad.

—¿Por qué querían matarlo, Westen?

—¿Por qué no se lo pregunta a ellos?

Carel enrojeció, Parecía a punto de decir algo, cuando el apuesto acompañante de Wilhemina, que se había acercado a la muchacha, comentó:

—Usted no puede tener a su servicio a este hombre, señor juez. Sería... un contrasentido.

Queer refunfuñó:

—Mis decisiones las tomo yo, Clayborne.

El muchacho se mordió los labios. Lin soltó una risita mortificante, y preguntó:

—¿Quién es este chico, juez?

—Mi secretario, Lin, si es que realmente le interesa.

—A mí no me interesa nada, juez. ¿Voy a ponerle un telegrama a su hermano diciéndole que me ha despedido?

Grover Delano Queer se quedó mirando fijamente a Westen. Estaba seguro de que Douglas jamás le habría enviado a un asesino para que lo contratase. Su hermano, cómo capitán de los Rurales de Texas, era un

implacable exterminador de forajidos de toda clase. Suponer que le enviaba a Lin Westen para complicarle la vida era una necedad.

—Vaya a mi rancho, Lin. Cualquiera le dirá dónde está.

—Sí, señor juez. Bueno, antes compraré unas cuantas balas..., si a usted no le parece mal.

—Haga lo que quiera, pero quítese pronto de mi vista. Usted y yo tenemos mucho que hablar. Y lo haremos en cuanto vaya yo al rancho.

—Allí le espero.

Se disponía a marcharse cuando captó la perplejidad con que el secretario de Queer miraba a uno de los cadáveres. Lin se detuvo, apenas movido un pie, y preguntó secamente:

—¿Conoce a ese hombre, secretario?

Clayborne Rush pareció sobresaltarse.

—¡Oh, pues...! Bueno, yo no puedo estar seguro...

Queer y Carel se sintieron interesados.

—¿De qué no está seguro, Clayborne? —preguntó el juez—. ¿Acaso cree conocer a ese hombre?

—Bueno, yo...

—¡Dígalo de una vez!

—¡Papá! —suplicó Wilhemina—. No debes hablar así a Clay...

Lin sonrió divertido. Queer masculló algo, y bajó la voz:

—Diga lo que sepa, Clayborne.

—Yo diría..., que éste es uno de los hombres de Olivia Stovall, señor juez.

Grover Queer palideció bruscamente.

—¿De Olivia Stovall? ¡Ella no ha llegado aún a Rankin...!

—Perdone, señor juez; ha llegado. Bueno, yo no la conozco, pero supongo que era ella. Cuando yo iba al ranchito de los Sinclair, por aquel asunto de...

—¡Ya sé todo eso, yo le envié allí! ¿Dónde vio a Olivia Stovall?

—Pues... Yo supuse que era ella porque la vi entrar en su rancho, señor juez. En el de ella, claro. Ella llegaba en una calesa cerrada, pero pude verla. Es... una chica joven, y me pareció... bonita. Lo que quería decir es que... iban varios hombres rodeando la calesa. La mayor parte de ellos me parecieron pistoleros. Ese hombre —señaló a Ashby— era uno de ellos.

El juez y el alguacil se miraron. Ahora eran los dos quienes estaban pálidos.

—¿Está seguro, Rush? —murmuró Carel.

—Pues..., sí. Caramba, sí; estoy seguro.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Lin, indiferente.

—Pues —el secretario miró al juez, y éste hizo un gesto de asentimiento con la cabeza—, digamos unas dos horas. Quizá algo menos.

Carel se aclaró la voz:

—¿Le pareció que venían del Norte, Rush?

—¿Olivia Stovall y sus hombres? Sí... A mí me dio esa impresión, al menos. ¿O... ocurre algo...?

Carel y Queer se estaban mirando nuevamente.

—No... No, Clayborne. Hágame un favor, acompañe a mi hija a casa. Y no te muevas de allí, Wilhemina.

—¿Adónde vas, papá?

—Carel y yo tenemos que hacer algo. No te muevas de casa para nada. Venga conmigo, Carel. Iremos a por mi caballo.

—Sí, señor. Un momento, que traeré el mío... Y vosotros —miró a los numerosos curiosos—, largo de aquí. Cada uno tenéis vuestro trabajo, ¿no es así? Blackledge, cuídese de los cadáveres. Cuando vuelva ya veremos qué se hace.

El alguacil fue por su caballo, amarrado a la barra delante de su oficina, unas cincuenta yardas más allá. Queer, su hija y el secretario Clayborne Rush caminaron juntos hacia la casa del juez.

Lin Westen quedó solo en la calzada cuando Blackledge y su empleado se llevaron los dos cadáveres de allí.

Después de rascarse la nuca, Lin se dirigió hacia el bazar, que distinguió desde allí. Entró y pidió una caja de cartuchos para su revólver. En todo momento, mientras el dueño de la tienda le cobraba y él se dedicaba a colocar los cartuchos en las presillas vacías del pantalón, estuvo mirando por la ventana hacia la calle.

Cuando vio a los tres hombres que entraban por la punta sur de la calle principal y parecían cabalgar directamente hacia el juez, no esperó el cambio. Salió, saltó del porche a la silla de su caballo, que le esperaba delante de la tienda, y cabalgó rápidamente hacia allí, juntándose con Carel, que ya había metido en la funda de la silla el rifle que había entrado a buscar a su oficina.

Alguacil y pistolero llegaron junto al juez y los tres hombres justo cuando Wilhemina y Clayborne estaban ya en el porche de la casa, y el juez junto a la blanca vallita, en la parte de afuera, escuchando a uno de los tres recién llegados jinetes...

—... Pistoleros. Por lo menos, tiene seis Queer.

—Ya le he dicho, Tolger, que voy a hablar con ella ahora mismo. Y Carel viene conmigo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el alguacil, sin desmontar.

Queer señaló con la barbilla a los tres jinetes.

—Tolger, Sitter y Owens vienen a presentar una denuncia, Carel.

—¿Sí? ¿Cuál? ¿Contra quién?

—Contra Olivia Stovall —deslizó serenamente el juez—. Dicen que tres hombres se han presentado apenas hace media hora en sus ranchos respectivos. Tres pistoleros, según ellos. Llevaban una factura firmada por Olivia Stovall. Ellos tenían que pagar la factura. Las tres por el mismo importe: doce mil dólares cada una.

Carel silbó por lo bajo.

—¿En concepto de qué? —inquirió.

—De alquiler de pastos. Mil dólares por año, Carel.

En principio, el alguacil había mostrado un cierto asombro casi estupefacto. Luego, de pronto, soltó una carcajada.

—¡No está mal! ¿De modo que la muchacha quiere cobrar después de doce años de ausencia?

Sylvester Owens frunció hoscamente el ceño.

—¿Qué le ve de gracioso a eso, Carel? —gruñó.

—Bueno, ustedes han estado utilizando esos pastos durante doce años, ¿no?

—Estaban abandonados —farfulló Malcom Tolger.

Carel achicó los párpados.

—Cierto. Eso lo sabían todos los ganaderos de la región, Tolger. Y sólo ustedes tres llevaron sus reses a los pastos de los Stovall. No me parece demasiado mal que paguen algo por tan jugosa hierba... Al fin y al cabo, digo, sólo ustedes tres han estado disfrutando de esos pastos. Nadie más llevó su ganado a las tierras del ahorcado Lester Stovall... Quizá por respeto a su memoria o a su hija Olivia.

—¡No diga tonterías! —casi gritó Elliot Sitter—. Si nadie más ha llevado allí su ganado ha sido porque tenían que atravesar nuestras tierras y...

—... Y ustedes, astutamente, no lo hubiesen permitido. ¿No es eso? El rancho Stovall forma una estrella de tres puntas entre los ranchos de ustedes. Y Stovall sólo disponía de un pequeño paso para él.

—Jamás le negamos a Lester Stovall el permiso para atravesar nuestras tierras —masculló Elliot Sitter—. No yo, por lo menos.

—Ni yo —aseguró Sylvester Owens.

—Tampoco yo —se unió Malcom Tolger—. Se está complicando la vida, Carel.

—Es posible. El hecho cierto es que sólo ustedes tres han estado utilizando los pastos que pertenecían a la hija de Stovall, ya que el rancho no pudo subastarse por estar a nombre de la muchacha por herencia materna.

—¿Está bien! ¿Nos está diciendo que paguemos esos doce mil dólares?

—El juez les hablará sobre eso con mucho más conocimiento que yo.

—Pero, luego —condicionó Queer—. Ahora, tendrán que disculparnos. ¿Vamos, Carel?

—Cuando usted guste, señor juez.

Los dos se alejaron hacia la salida del pueblo, tras montar Grover Queer en su caballo. Lin Westen, como quien no quiere la cosa, salió tras ellos.

Ni siquiera él vio el insólito gesto de Malcom Tolger, todavía a caballo delante de la casa del juez: se quitó el sombrero y se pasó un pañuelo por la cabeza, por los cabellos. Luego, guardó el pañuelo, se puso de nuevo el sombrero y miró a sus dos acompañantes. Los tres, con una leve sonrisita burlona, dirigieron sus caballos hacia el más próximo saloon.

Mientras tanto, el alguacil se había dado cuenta de que Westen les iba siguiendo, y lo advirtió al juez. Éste dijo algo, los dos detuvieron sus caballos y esperaron a Lin.

—¿Adónde va, Lin?

—Con ustedes.

—¿De veras?

—De veras.

—Le ordené que se dirigiesen a mi rancho.

—No sé dónde está.

—Yo se lo diré ahora mismo...

—No se moleste. Pienso ir a ver a esa Olivia Stovall.

—¿Por qué?

—Tengo derecho a hacerlo.

—¿Derecho? ¿Qué derecho?

—Quizá ella quiera explicarme por qué dos de sus hombres querían matarme, juez. Yo tengo derecho a saber eso.

El juez y el alguacil se miraron una vez más. Queer encogió un hombro.

—De acuerdo, Lin: venga con nosotros. Pero no busque más jaleos ni complicaciones.

—Oiga, que yo no...

—¿Está bien, está bien, maldita sea, cálese ya de una vez!

—Sí, señor juez.

Y Lin Westen volvió a sonreír como un coyote viejo..., pero muy peligroso.

CAPÍTULO III

La cerca de la entrada, que sujetaba el galpón, estaba ladeada. Resultaba milagroso que el galpón continuase derecho, sosteniendo con dos cadenas herrumbrosas la tablilla donde aún se distinguían marcadas a fuego las palabras Stovall Ranch y debajo la marca del hierro de la ganadería, una S y una R metidas en un cuadrado pequeño.

Todo cuanto se veía desde allí aparecía polvoriento, ruinoso.

Menos el hombre que estaba junto al galpón, en la parte de dentro. Llevaba dos brillantes revólveres, pero, de momento, no parecía decidido a usarlos.

Sólo preguntó secamente:

—¿Qué desean?

Grover Queer tomó la palabra:

—Ver a Olivia... A la señorita Stovall.

—¿Para qué?

—Se lo diremos a ella.

El hombre ladeó la cabeza y achicó los ojos. Entonces reparó mejor en Lin Westen, que se mantenía en un discreto segundo plano, y la mirada se tornó más vigilante en el hombre, pero tan levemente que sólo el propio Lin lo notó.

—¿Quién quiere verla? —preguntó al cabo de unos segundos.

—Grover Delano Queer, juez de Rankin.

—Vaya...

El hombre se volvió ligeramente y lanzó un silbido. Del barracón de los vaqueros, cuya forma se distinguía desde allí, salió un hombre, montó a caballo y galopó hasta llegar allí.

—¿Qué pasa, Kiernan?

—Ve a decirle a la señorita Stovall que el juez ya está aquí. Y que le acompañan un alguacil y un pistolero.

Lin sonrió al oír estas palabras, pero permaneció callado. El recién llegado galopó hasta la casa desmontó, entró y salió pocos segundos después. Bajo

del porche y movió los brazos.

El llamado Kiernan lo vio.

—Olin dice que la señorita Stovall les recibirá..., pero sin armas.

Los tres detuvieron en seco sus caballos, recién puestos en movimiento. Queer no llevaba armas, y así lo dijo.

—Pero sus compañeros, sí, juez Queer. Y si no las dejan aquí, no van a poder pasar..., supongo.

Miró a Lin como temiendo la reacción de éste en primer lugar, pero el barbudo pistolero se desabrochó el cinto, movió su caballo hacia la cerca, y colgó allí el cinto, siempre sin decir palabra. El alguacil vaciló un instante, pero acabó por imitarle.

Luego, los tres pasaron al otro lado de la cerca, cuando Kiernan abrió el largo galpón, y cabalgaron hacia la casa. Ya más cerca, comprobaron que el barracón de los vaqueros amenazaba ruina, que los abrevaderos mostraban carcomida y astillada la madera, que el granero parecía a punto de caer de un momento a otro, que la casa estaba deteriorada, sucia, el porche tambaleante... Doce años de abandono eran demasiados años.

Olin los miró mientras dejaban los caballos amarrados a la barra, que aún se mantenía en pie. Lin no amarró su caballo.

—La señorita Stovall les está esperando dentro.

Subieron al porche. La puerta estaba abierta. Entraron en la casa y Olin lo hizo detrás de ellos, cerrando la puerta a su espalda y quedando apoyado en ella, con la mano izquierda colgada por el pulgar al cinto y la derecha muy cerca del revólver.

—Al despacho —indicó...

Señalaba la puerta de la izquierda. Los tres se dirigieron allí sin decir palabra, y Olin los siguió de nuevo, entrando tras ellos, y cerrando a su espalda también aquella puerta.

—Aquí los tiene, señorita Stovall.

Queer, Carel y Westen estaban ya mirando a la muchacha, que se hallaba sentada tras la mesa, recién limpia de polvo, según parecía.

Olivia Stovall era rubia, con los ojos de un azul clarísimo y la boca muy roja. Vestía con sencillez, casi severamente, pero en modo alguno podía este detalle disminuir su notable belleza. Lo que sí la disminuía un poco era el gesto seco de los bonitos labios, la fría indiferencia de su mirada.

Grover Queer se adelantó y tendió la mano, temblorosa.

—¿Cómo..., cómo estás, Olivia? Supongo que no me recuerdas...

Olivia Stovall miró impasible la mano que se le tendía. No la aceptó.

—Se equivoca, señor Queer. Le recuerdo perfectamente: usted fue el mejor amigo de mi padre.

Grover Queer retiró lentamente la mano.

—Veo..., veo que me guardas rencor...

—También se equivoca —desvió la mirada hacia el pistolero—. Olin, espere fuera.

—Bien.

El pistolero salió. Olivia miró a Carel y a Westen. Al fijarse en éste, frunció el ceño.

—¿Le conozco a usted, señor...?

—Lin Westen, señorita Stovall. Quizá me conozca. Usted sabrá.

—¿Ha estado alguna vez en Saint Angelo?

—Muchas.

—¿Qué hace aquí?

—La estoy mirando. Es usted muy bonita, pero si no dulcifica un poco el gesto, dentro de cinco años ningún hombre se acercará a usted jamás ya.

Olivia enrojeció, sin que ello atenuase el gesto casi furioso que se formó en sus facciones.

—Es usted un cretino.

—No.

Fue una negativa firme, pero amable, tranquila. Olivia comenzó a desconcertarse.

Queer dijo de pronto:

—Lin Westen encontró muerto a Mike Spiers esta mañana, Olivia, en el llano.

—¿Ha muerto Mike Spiers?

—Lo han matado. Tres balazos en la espalda —puntualizó Queer.

—Me alegro.

El silencio se prolongó desagradablemente. Los tres hombres miraban a la muchacha como si aún no quisieran creer aquellas dos palabras. Queer tenía las facciones desencajadas, pálidas.

—Lo... lo encontró hacia el Norte, Olivia. Cerca del camino que tú has debido seguir para llegar hasta aquí... ¿No nos ha dicho eso hace poco a Carel y a mí, Lin?

—Sí, señor.

Olivia Stovall miró uno a uno a los tres hombres.

—¿De modo —preguntó— que creen que yo he matado a Mike Spiers?

—Creo que cuando lo mataron tú debías estar más o menos por el lugar donde ocurrió..., o cerca. Mike salió a esperarte. Quería ser el primero en recibirte, en ofrecerse a ti.

—¿Sabían que venía?

—Sí.

—Comprendo. Su hermano Douglas se lo notificaría desde Saint Angelo, ¿no?

—Sí, Olivia.

—Siempre me disgustó tener allí, cerca de mi un Queer. Pero tía Claudia no podía marcharse de Saint Angelo.

—Siento..., siento que haya... fallecido, Olivia.

—Le creo. Si estoy aquí es por eso. Mientras ella estuvo viva, no quise darle el disgusto de que supudiese mis intenciones respecto a este maldito pueblo de Rankin. Pero de nuevo estoy sola en el mundo, señor Queer. Claro que esta vez la cosa ha ocurrido... de otra manera. Tengo algún dinero, y ciertos proyectos para él. Este rancho es indiscutiblemente mío, y sólo quien yo quiera podrá entrar en él o en los pastos de aquí en adelante. En cuanto a Mike. Spiers, a lo que le ha ocurrido..., no tengo nada que decir.

—Ya lo dijo antes —gruñó Lin—: que se alegraba.

—Olivia, Mike quería ayudarte en lo que pudiese, Tú ya debes saber lo que ocurrió con él. Después de aquello... Bueno, él se consideraba poco menos que un asesino. Dimitió del cargo de alguacil y ha estado estos doce años viviendo de cualquier manera... Era un hombre mortificado.

—No había por qué —musitó Olivia—; él cumplió con su deber al soltar aquella trampa del cadalso, ¿no?

Grover Queer tragó saliva.

—Él dimitió por eso... Se sentía culpable de..., de algo...

—¿Y usted?

La voz de Grover Delano Queer apenas fue audible:

—En parte, también.

—¿Acaso no cumplió con su deber?

—Sí. Igual que Mike.

—Pero usted no dimitió, ni se dedicó a otra cosa, señor Queer.

—Supongo que es porque yo tenía más firmeza de carácter que Mike.

—De eso estoy segura; hace falta mucha firmeza de carácter para condenar a la horca al mejor amigo.

Queer inclinó la cabeza. De nuevo se produjo un silencio desagradable, molesto. Olivia dijo de pronto:

—¿Ha visto ya a Malcom Tolger, Sylvester Owens y Elliot Sitter?

—Sí.

—Les ha enviado unos recibos por doce mil dólares a cada uno. Es el importe del alquiler de los pastos de mi rancho durante estos doce años. Quiero que ellos sepan que si no me pagan, procederé judicialmente. Recurriré legalmente a usted, juez. Y espero que en esta ocasión haga justicia con la misma firmeza de carácter que empleó hace doce años. Sabía que ellos irían a decírselo a usted y que usted vendría. Ahora ya sabe cuáles son mis intenciones. Y creo que eso es todo.

—¿Todo? ¿Cuáles son concretamente tus intenciones, Olivia?

—Eso es cuenta mía. No tengo que explicarlo a nadie.

—¿Por qué tienes contratados a unos cuantos pistoleros?

—Me gustan. Me siento segura. No quisiera que alguien me asesinase, como les ocurrió a los Paxson. Y no me diga que a Albert y Dave Paxson los mató mi padre, porque sabemos que no es cierto. Lo cierto es que, puesto que estaban solos en el mundo, su rancho se subastó, y lo adquirieron a partes iguales Elliot Sitter, Sylvester Owens y Malcom Tolger.

—¿Qué..., qué quieres decir? No irás a pensar...

—Sé que Tolger, Owens y Sitter se repartieron el rancho de los Paxson y que a mi padre lo ahorcaron, señor Queer. No quiero decir nada. Tan sólo que los únicos beneficiados han sido Owens, Tolger y Sitter. Y no sólo al adquirir a buen precio el rancho subastado de los Paxson, sino al poder utilizar los pastos de mi rancho durante doce años sin pagar un solo centavo.

—Ni irás a insinuar...

—¡No insinúo nada! Sólo quiero lo mío. Y creo que mil dólares al año por derecho de pastos no es excesivo. Quiero cobrar. Ni regalo ni pido: sólo exijo lo mío. Eso es todo.

—¿No has venido a vengarte?

—¿Tengo que contestar a eso?

—Me gustaría que lo hicieras, Olivia.

—¿De quién quiere que me vengue? ¿De todo Rankin? ¿De los doce miembros del jurado, de los cuales solamente siete continúan viviendo en Rankin? ¿O de usted?

—Quizá has empezado por Mike Spiers. Esos pistoleros que tienes alquilados...

—Piense lo que quiera. Pero cuando quiera hacer algo, consiga tantas pruebas como se consiguieron contra mi padre. Mientras tanto, déjenme en paz.

—También dos de tus hombres han querido matar a Lin.

—¿De veras? Bueno, parece que no lo consiguieron... ¿De qué están hablando, concretamente?

—Ashby y Stewarts quisieron matarme —sonrió Lin—. Aunque me pregunto si fueron al pueblo para ello. Ellos no sabían que yo estaba allí. En cambio, sí sabían que estaba el juez Queer.

Queer y Carel respingaron. Aquélla era una extraña posibilidad que no se les había ocurrido...

—¿Insinúa que yo envié a dos pistoleros a Rankin para que matasen al señor Queer?

—¿No?

—Quizá sí: Pero dígame entonces por qué perdieron el tiempo con usted, que no vale un centavo.

—Stewarts y Ashby me conocían, señorita Stovall. Ellos... tenían algo contra mí, y decidieron saldar la deuda cuando el juez Queer estaba detrás mío, visible a través de los cristales de una de las ventanas de la funeraria. Si hubiesen podido disparar siquiera un tiro, quizá alguna bala habría alcanzado al juez... por casualidad.

—Es usted muy listo, señor Westen.

—¿He acertado?

Olivia Stovall sonrió despectivamente.

—Consigan pruebas. No me pregunten: acúsenme, pero con pruebas claras y auténticas... ¿Qué cuenta tenían Ashby y Stewarts con usted, señor Westen?

—En una ocasión les hice algo que no les gustó, pero no creí que me guardasen tanto rencor. Al fin y al cabo, la hice por el bien de ellos.

—Sorprendente; hace usted un bien y los favorecidos quieren vengarse. ¿Tienen algo más que decir?

—Debo pedir al juez y al alguacil que me perdonen. Les dije que no sabía por qué Stewarts y Ashby habían querido matarme, cuando la verdad es que lo sé muy bien. Pero yo quería hacerle una pregunta a usted, señorita Stovall, y él único modo de venir con ellos era soltando una mentirijilla insignificante.

—¿Qué pregunta quería hacerme?

—Está hecha y contestada —sonrió Lin.

—No me diga...

—Olivia —Queer, que habíase mostrado cabizbajo, se acercó más a la mesa tras la cual estaba la muchacha—, lo que voy a decirte es en tu beneficio...

—Cuidado, quizá yo le corresponda como Stewarts y Ashby querían corresponder al señor Westen.

—Olivia, olvídale todo. Si quieres quedarte en Rankin, hazlo. Se investigará la muerte de Mike Spiers, y si hasta hay contra ti, nadie se meterá contigo. No pienses en la venganza. Y no lo digo por temor a lo que pueda ocurrirme. Fui amigo de tu padre, y te quería a ti. Te quiero todavía. Fui a verte cinco veces en menos de dos meses, y las cinco veces no quisiste recibirme, aunque todavía eras una niña. Ya no puedo guardarte rencor por nada. Ya no eres una niña, Olivia... Hace doce años, no quise insistir en aparecer ante ti, y después de aquellas cinco veces no fui más a verte. Lo mismo voy a hacer ahora. No vendré más a molestarte. Pero si me necesitas para algo, acude a mí.

—Ya lo he hecho: quiero cobrar doce, mil dólares de cada uno de los tres hombres a los cuales he enviado recibo.

—No me refería a eso. No te está hablando el juez, sino el amigo, el...

—¡Cállese! ¡Cállese y salga de mi casa ahora mismo..., asesino! ¡No quiero verle más! ¡Nunca más!

Olivia Stovall no pudo contener las lágrimas de rabia. Su cuerpo delicado y armonioso se estremecía a impulsos de esa rabia inconteniblemente. Se había puesto en pie.

—Olivia...

—¡Márchese! ¡Salgan de aquí los tres! ¡Olin!

La puerta del despacho se abrió inmediatamente, y el pistolero amenazó a los tres hombres con su revólver.

—Salgan. Ahora. ¡Vamos!

Movió amenazadoramente el revólver, apartándose del vano de la puerta. Quer dirigió una última mirada a Olivia Stovall, pero la muchacha les había vuelto la espalda y dado la cara a la ventana exterior del despacho.

—Adiós, Olivia...

Salieron los tres del despacho. Olin los dejó pasar por su lado, y entonces se colocó detrás. Lin era el último, y a él le clavó el cañón del revólver en los riñones, diciendo amenazadoramente:

—La próxima vez...

El codo izquierdo de Lin, al volverse éste en redondo, apartó el revólver de Olin, al tiempo que el derecho se clavaba durísimamente en el estómago del pistolero. Un manotazo arrancó el revólver de su mano, y sin transición alguna, una bofetada lo tiró contra la pared. Fue recogido con dos cortos al estómago, un directo al cuello, un zurdazo al hígado, un directo al mentón que

lo lanzó de nuevo contra la pared, y finalmente, cuando ya con los ojos en blanco caía de rodillas, un punterazo en la cara lo derribó como un saco blando e inerte.

Olivia salía del despacho, excitada, justo en el momento en que Lin Westen, siempre a una rapidez increíble, recogía la pistola de Olin y la amartillaba.

—No se mueva, señorita Stovall. No grite. Ni siquiera hable.

Antes de que la muchacha pudiese aceptar o rebelarse contra aquellas órdenes, Westen ya había enrollado un fino chal que había sobre una silla del despacho, y la amordazó fuertemente. Olivia intentó resistirse entonces, pero ya no tenía posibilidades contra la terrible fuerza de Lin Westen. En medio minuto, la muchacha se encontró atada y amordazada. Luego, Lin la sentó en uno de los dos viejos butacones de piel de vaca que había delante de la mesa.

—Sea sensata, señorita Stovall; hago esto por el bien de todos. El juez y el alguacil ya lo han entendido así. No me gusta estar desarmado entre tipos como los que usted tiene a sus órdenes. Pero si usted gritase que yo tenía un revólver, las cosas se complicarían... para todos. En cambio, si yo escondo el revólver de Olin aquí —lo metió debajo de la cazadora, en la parte del sobaco, de modo que podía sujetarlo discretamente con el brazo—, me siento protegido sin afrentar a nadie por haber vencido a Olin... y sin que la cosa parezca un desafío a todos. Ahora, el juez, el alguacil y yo vamos a salir tranquilamente de aquí, montaremos en nuestros caballos, diremos a Kiernan que Olin se ha quedado con usted para recibir instrucciones sobre algo, y todo acabará pacíficamente... por ahora. Cuando Olin se recobre, la desatará, y así recuperará su cinturón, que lo necesita —sonrió—. Hasta la vista, señorita Stovall. Placer en conocerla.

Hizo una seña a los dos hombres que le acompañaban, ya que indiscutiblemente nadie más que él dirigía ahora los movimientos, y los tres salieron al porche, montaron, y se alejaron de la casa.

La parca y adusta explicación de Grover Queer convenció a Kiernan. Carel y Lin recogieron su revólver cada uno, y se alejaron definitivamente del Stovall Ranch.

Entonces, Grover D. Queer musitó, compungido, amargado:

—Diríase que alguien ha estado, envenenando el corazón de esa pobre criatura...

Ni Carel ni Westen contestaron. No había sido agradable, en efecto, conocer a una linda muchacha que regía su vida actual por lo sucedido doce años atrás.

CAPÍTULO IV

El primer disparo de rifle restalló sobre una lomita de suave ondulación, a unas doscientas yardas de distancia, y Grover Delano Queer alzó los brazos y saltó del caballo, cayendo duramente al polvo del camino.

Lin Westen obró inteligentemente en el acto.

Carel no.

Mientras Lin saltaba por su propio impulso del caballo y se tiraba al suelo, rodando hasta el borde y metiéndose sin vacilar entre unos agudos espinos. Carel perdió un segundo en desconcertarse y otro en sacar de la funda de la silla de montar el rifle que había recogido antes en su oficina.

Dos segundos.

Tiempo más que suficiente para que otro disparo siguiese al primero, casi simultáneo con un tercero, que sólo llenó de polvo la cara del agilísimo Lin Westen.

—¡Carel, estúpido, desmonte...!

Un cuarto disparo hizo enmudecer a Lin, que se replegó más contra los espinos, dejándose jirones de cazadora y carne.

Pero lo estaba pasando mejor que Carel, el cual se deslizaba lentamente del caballo, vuelto forzosamente hacia Lin.

—Westen, me han..., me han.

Todavía estaba cayendo del caballo cuando un chorro de sangre brotó de su boca. Al caer, el rifle rebotó, quedando en el camino, muy cerca de Queer y a unas tres yardas de Lin.

—Carel —musitó temblorosamente Delano Queer—, venga para acá enseguida.

—¡Venga usted, juez! —chilló Lin, disparando su revólver hacia la lomita—. ¡Vamos, déjelo y venga hacia aquí! ¡El alguacil ya está muerto!

—No; él aún no está...

Otro disparo de rifle envió un rabioso plomo hacia el juez, que lanzó una exclamación de sobresalto cuando un puñado de tierra formó un rojo surtidor ante él, a menos de un pie de su rostro.

—¡Venga aquí! ¡No! ¡De pie, no...!

Desesperado, Lin Westen se incorporó, disparando estúpidamente hacia un lugar alejado doscientas yardas. De ninguna manera el revólver podía alcanzar aquella distancia. Era un frenético intento de desconcertar a los implacables tiradores.

Queer pareció tropezar con algo y cayó cuan largo era, de cara sobre los espinos, sin que Lin, que estaba disparando su sexto plomo, pudiese detener la caída.

Hubo un segundo de calma. En ese tiempo, en su inicio, Westen dejó caer su revólver al suelo y tiró rudamente del juez hacia el otro lado de las matas punzantes, con lo que la ropa se desgarró en varios numerosos sitios.

Tres plomos más, casi simultáneos, crearon un limitado techo para los dos hombres.

—¡Lin, a Carel le han...!

—¡Cállese!

—¡Le han herido!, le han...

—¡Por el amor de Dios, juez, cálese!

Los espinos se movieron, empujados por el plomo que no cesaba de brotar de lo alto de la lomita. Lin arrastró al juez, sin contemplaciones, no menos de quince pies, hasta encontrar una pequeñísima depresión que podía ayudarles, cobijándose en ella, a prolongar su vida quizá unos minutos más.

Arrastrándose, Lin regresó a por su revólver. Si los hombres que les estaban sitiando se desconcertaban o decidían cerciorarse de su muerte, optaban por acercarse, el revólver sería incluso más útil que un rifle. Sin embargo, cuando al mirar a través de los espinos, Lin vio el rifle de Carel, estuvo a punto de saltar al camino en busca del arma.

Sensatamente, regresó arrastrándose junto a Queer que se había vuelto cara al cielo y se miraba con dificultad la herida del hombro.

—Póngase boca abajo y no se mueva, juez. Por si aún no se ha convencido, le diré que allí delante hay tres hombres completamente decididos a matarnos.

—¿Cómo sabe que son tres?

—No pregunte tonterías. ¿No ha oído los rifles?

Como apoyando la pregunta de Lin, desde la lomita volvieron a sonar dos potentes estampidos, y los espinos se mecieron una vez más. Estaban cribando el terreno: querían asegurarse.

Cuando los rifles dejaron de disparar, Lin musitó:

—Los rifles son como las personas, juez: cada uno tiene su propia voz. Tan sólo es necesario saber distinguir sus voces. Y ahora nos están hablando tres rifles. Demasiados para nosotros..., en estas circunstancias.

Grover Queer parpadeó.

—Usted es un tipo bastante... desagradable, Lin; pero me estoy convenciendo de que merece algo más de cuarenta dólares.

—Ésta es buena —sonrió Lin—. Sepa que no gano más allá de cien mensuales. Bueno, un poco más. Y cállese.

Habían dejado de disparar. Cautamente, Lin alzó unas pulgadas la cabeza. A través del enrejado de los espinos, vio aparecer inopinadamente, en la lomita, a los tres jinetes; cada uno de ellos con el metálico brillo de un rifle en su mano derecha.

—¡Pero qué estúpidos...!

Se puso en pie en el mismo momento en que los tres jinetes cabalgaban ladera abajo, enarbolando los rifles. Cuando lo vieron, comenzaron a disparar precipitadamente, sin dejar de galopar, que era precisamente el máximo deseo de Lin.

Saltó por encima de los espinos, rodó por el camino, y sus manos, sucias y grandotas, parecieron querer romper el rifle de Carel al asirlo fuertemente.

Dio una vuelta más sobre el polvo, y quedó tendido boca abajo, encarado a los tres jinetes, que continuaban disparando y galopando.

El primer disparo de Lin, un tanto precipitado, reventó la tierra entre las patas delanteras del caballo que galopaba más adelante, el cual se alzó de manos y estuvo a punto de derribar a su jinete.

El segundo disparo arrancó el sombrero de otro de los jinetes, que detuvo de un violentísimo tirón de bridas la marcha de su caballo.

El tercer disparo dio lugar a que uno de los tres hombres se quedase sin rifle cuando la bala disparada por Lin chascó secamente contra su hombro y le empujó salvajemente hacia la grupa.

El cuarto disparo falló, porque el caballo del jinete elegido perdió pie y estuvo a punto de caer rodando ladera abajo.

El quinto disparo fue dirigido contra la espalda de uno de los tres jinetes, que habían dado vuelta a sus caballos y regresaban a toda prisa loma arriba. Falló también, por los vaivenes del jinete sobre la silla.

El sexto disparo sonó un instante después que los tres jinetes hubieron descrestado la lomita, desapareciendo a la vista de Lin Westen. Éste se puso en pie, corrió hacia los espinos, los saltó y cayó de rodillas junto al agitado Grover Queer, que miró a Westen con los ojos desorbitados.

—¿Usted está loco, Lin!

—¿Sí? ¿Por qué? —jadeó el increpado.

—¿Han podido matarle! ¿Eran tres hombres con rifles!

—Yo también tengo un rifle ahora.

—¿Pero ellos eran tres! ¿Y venían hacia aquí!

—Precisamente, iban a caballo. Si se hubiesen ido acercando a pie, ahora estaríamos usted y yo a punto de morir. Pero a caballo es muy difícil manejar un rifle. Ésa era mi esperanza. En cambio, yo, desde el suelo, estaba en perfectas condiciones de disparar con mejor acierto.

—¿Se ha jugado estúpidamente la vida!

—Yo no. Ellos, juez; ellos. La prueba es que he herido a uno y a mí no me ha ocurrido nada. Y ellos han comprendido quién iba a llevar la mejor parte si seguían avanzando, lo cual les ha hecho comprender también que lo mejor era volver grupas.

—Ahora volverán...

Lin miró hacia la loma.

—No. Ya no volverán. Veamos su herida...

La examinó expertamente, sólo por encima.

—La bala ha entrado y salido por debajo de la clavícula. Ha tenido mucha suerte. Quince días bastarán para que usted vuelva a dictar sentencias. Ahora, a pesar de este sol que nos va a achicharrar, es mejor que esperemos unos minutos.

Grover Queer miraba fijamente a Westen.

—¿Quién es usted, Lin?

—Un hombre que no sabe ordeñar vacas ni clavar herraduras, juez.

—¿Es usted un rural, Lin? ¿Un rural enviado por mi hermano? ¿Le ha enviado a usted porque él sabía que yo me encontraría en dificultades?

Lin mostró su sonrisa de coyote viejo.

—No sé si he entendido bien, juez; ¿me está acusando de ser un simple rural?

—Sí, Lin.

—Pues no lo soy. Se lo juro. Maldita sea. ¿No podría callarse unos minutos?

—Está bien.

—¿Lleva algún pañuelo limpio?

—Claro.

—Démelo.

Dejó el rifle al alcance cercano de la mano y metió el limpio pañuelo del juez en la herida por la parte delantera. Luego, sin pedir permiso para ello, le quitó a Queer la chalina, también limpia del día, y la metió en el orificio de salida, en la espalda. Todo ello con rapidez no exenta de delicadeza y seguridad, y sin perder de vista la loma más tiempo del imprescindible. Durante ese tiempo, Grover Queer estuvo lívido, con unas gotitas de sudor en la frente, mordiéndose los labios. Unos segundos más y se hubiese desvanecido.

Una vez contenida la hemorragia en la doble herida de Queer, Lin se tumbó panza abajo y comenzó a liar un cigarrillo. Los tres enemigos sabían que estaban allí, de modo que no les descubrían nada nuevo con el humo del cigarrillo.

Una hora más tarde, cuando Grover Queer tenía los ojos cerrados y algunos cuervos se habían acercado desde el llano pelado, para describir sus silenciosos círculos sobre los hombres, Lin Westen sofocaba su tercer cigarrillo contra el suelo.

Tras comprobar que en el Winchester quedaban los seis tiros que cumplían el total de doce contando los seis anteriores. Lin se puso de rodillas, luego de pie y volvió a dejarse caer rápidamente de rodillas.

Nada.

Sentía el calor del sol pegado brutalmente a sus ropas, como si todo él estuviese sumergido en barro ardiente. Sentía el húmedo calor del sudor que comenzaba a empaparle.

Inclinado, siempre atento, saltó al camino, y se acercó al cuerpo yacente del alguacil. Cuando llegó allí ya estaba convencido de que los tres enemigos se habían marchado.

Carel estaba muerto. El balazo le había atravesado el pecho por el centro. Ofrecía un desagradable aspecto con la boca, el chaleco y la camisa manchadas de sangre.

Hosco el gesto, Lin se puso en pie y lanzó un largo silbido que crecía y disminuía. Poco después, su caballo aparecía no muy lejos, aún vacilante. Otro silbido convenció al animal de que Lin Westen, su amo, había resuelto la situación.

Cuando el caballo llegó junto a él, Lin montó y se alejó. Poco después regresaba con los caballos del alguacil y del juez conducidos por las bridas.

Una vez más, tuvo que utilizar su manta y su sogá para empaquetar el cadáver de Carel, que colocó cruzado sobre la silla del caballo del difunto.

Luego fue a buscar a Queer.

—Juez, hay que largarse de aquí.

Grover Delano Queer abrió los ojos. Su mirada era incierta, vacilante. El sopor se había apoderado ya de él. La herida tenía que ser atendida rápidamente.

—¿Qué..., qué ocurre, Lin? —gimió.

—Nos vamos ya. El alguacil está muerto. Le ayudaré a llegar a su caballo.

Le ayudó; también a montar. Luego, una vez hubo montado él, acercó su caballo al del juez y cabalgó junto a éste, sosteniéndolo. Detrás, amarradas las bridas al borrén de la silla de montar de Lin, iba el caballo del alguacil con el cadáver.

Encima, los cuervos, cuyo número comenzaba a disminuir. Sus esperanzas quedaban nuevamente fallidas por la presencia de Lin Westen.

Éste miró sombríamente hacia lo alto.

—No me guardéis rencor, cuervos. Os prometo ofreceros algo muy pronto. Os lo promete Lin Westen... Y ya sabéis lo que eso significa.

CAPÍTULO V

Minella Queer salió al porche cuando oyó el rumor de la gente, las voces excitadas.

Lo primero que vio, en el lado de afuera de la blanca vallita que rodeaba el jardín fue a Lin Westen, ceñudo, desgarradas sus ropas, cubierto de polvo. Inmediatamente, casi a la vez, como una doble visión, vio a su padre, que se mantenía a caballo gracias a la ayuda que le prestaba Westen. Y enseguida también el bulto cruzado en la silla del otro caballo.

—¡Papá...!

La muchacha corrió hacia allí, justo cuando dos hombres se llevaban el caballo con el bulto sobre la silla, y tres o cuatro se dedicaban a bajar al juez del caballo, dejando libre a Westen para desmontar.

—¡Oh, Dios mío...! ¡Papá!

La cabeza del juez colgaba blandamente hacia el pecho. El hombre no pudo responder a la angustiada llamada de su hija.

Lin, sí.

—Sólo está herido, señorita Minella. Se pondrá bien en pocos días. Carel, el alguacil —señaló con el pulgar hacia el caballo que se alejaba conducido de las bridas por dos hombres—, ha tenido mucha peor suerte. Nos tendieron una emboscada cuando regresábamos del rancho de Olivia Stovall.

Un murmullo brotó de la muchedumbre. Muchos de ellos recordaban lo sucedido doce años atrás. El apellido Stovall y aquella emboscada podían tener mucho en común. Y luego estaba lo que se decía que había manifestado Clayborne Rush, el secretario del juez, un par de horas antes: que Olivia Stovall había regresado, acompañada de varios pistoleros. Y también muchos habían escuchado a los rancheros Malcom Tolger, Elliot Sitter y Sylvester Owens cuando éstos iban explicando a quien quería oírlos que habían sido objeto de una amenaza si no pagaban treinta y seis mil dólares entre los tres. Quién tenía la razón era una cosa. Y quién había tramado la emboscada, con o sin razón, era otra cosa.

Clayborne Rush acababa de llegar, casi pisando los talones de Wilhemina, también procedente de la casa. Había sido detrás de la muchacha, pero ésta había corrido más para llegar junto a su padre.

—Le ayudaré.

—No se moleste, Rush —gruñó Lin—. Lo mejor que puede hacer es ir a buscar al doctor.

—Ira cualquiera —se mostró firme el muchacho—; yo le ayudaré a usted a entrar al juez en la casa.

Uno de los presentes se ofreció, en efecto, aunque ni siquiera eso era necesario, pues el doctor Lindgren ya corría hacia allí con el maletín de urgencia en una mano y sujetándose el alto sombrero negro con la otra.

* * *

El doctor Lindgren dio una cariñosa palmadita en un hombro de Wilhemina.

—Nada. Nada importante. Dentro de dos semanas, tu padre ni siquiera se acordará de que le clavaron hoy un balazo. No necesita cuidados especiales ni ningún mimo. Lo único, descansar, que no se mueva para nada, por lo menos durante un par de días. Además, yo vendré dos veces cada día durante esos dos primeros, para cambiarle el vendaje y hacerle una cura, No creo que tarde en recuperar el conocimiento.

Wilhemina pareció calmarse al oír esto. Ayudó al doctor a recoger sus cosas y luego acercó una silla a la cabecera de la cama de su padre y se sentó. Clayborne Rush se colocó a su lado de pie. En un extremo del dormitorio, Lin dejó de mirar al doctor, que se estaba poniendo la chaqueta, para mirar a los dos jóvenes. Frunció el ceño cuando vio que Clayborne apoyó una mano en el hombro de Wilhemina.

Al principio, la muchacha no pareció darse cuenta siquiera. Pero no tardó en mover el hombro como a disgusto, mirando a Rush. Éste se sonrojó un poco y apartó la mano. Lindgren no se había dado cuenta de esto.

Su voz casi sobresaltó a Lin:

—¿Puede venir un momento conmigo, señor Westen?

—Desde luego...

Wilhemina y Clayborne les miraron, contestando al saludo de despedida del doctor. Éste, una vez en el vestíbulo, se encaró con Lin, mirándole fijamente.

—¿Y bien? —preguntó.

Lin Westen alzó las cejas.

—¿Y bien... qué?

—¿Realmente le ha enviado a usted Douglas, el hermano de Grover?

—Realmente. ¿Cómo sabe eso?

—Wilhemina me lo ha dicho en un momento en que, según parece, usted no nos podía oír. Mmmm... ¿Qué opina de todo esto, señor Westen?

—¿Tengo que opinar algo?

El doctor Lindgren sonrió desganadamente.

—¿Conoce la historia de Olivia Stovall... y de su padre, Lester Stovall?

—No.

—¿Está seguro?

—¿Por qué no se va al diablo?

—No se esfuerce más en ser maleducado, señor Westen. Para serlo de verdad usted necesita algo más que ir despeinado, sin afeitarse, sin lavarse en unos cuantos días y vistiendo unas ropas viejas y rotas. En cuanto a su revólver, no se puede decir que hasta ahora haya hecho algo malo. Por supuesto, y ya que todo indica que usted estuvo con Grover Queer desde que salieron de Rankin hasta su regreso, estoy convencido de que sabe algo de esa historia, puesto que debió ver a Olivia Stovall al mismo tiempo que Grover.

—Les oí, pero no les escuché. Creo que pasó algo que a la muchacha no le gustó.

—Ya. Algo. ¿Quién disparó contra ustedes?

—Tres hombres.

—¿Y usted los mató?

—Sólo los ahuyenté.

—Buen trabajo.

—Tuve suerte. Por cierto, si un tipo con una herida de bala de rifle en un hombro requiere sus servicios..., ¿será tan amable de avisarme?

Lindgren hizo algo insospechado, que Lin no pudo evitar; alargó una mano y abrió la cazadora, buscando debajo de ésta con la mirada.

—¿Qué diablos hace? —gruñó Lin, apartando la mano del doctor.

—¿Dónde dejó la estrella, señor Westen?

—¡Váyase al diablo! ¿También usted cree que soy un comisario o algo así?

—Un rural, señor Westen. ¿Quién más ha pensado eso?

—El juez. Están equivocados los dos.

—Dejemos eso. Yo sólo quería pedirle un favor..., aunque usted sea un pistolero.

—Le escucho.

—No intente nada contra Olivia Stovall si no es siguiendo indicaciones de Grover Queer.

—¿Qué había de intentar?

—¿Lo hará?

Lin encogió los hombros.

—Está bien. Yo creo que éste es un pueblo de chiflados.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Bueno; lo primero que encuentro, a pocas millas de aquí, es un hombre muerto. Nadie sabe quién le ha matado. Luego, dos tipos quieren matarme a mí. Otros tres repiten el intento, matan al alguacil y hieren al juez. Éste y usted dicen que yo soy un simple rural, lo cual no es cierto. Una muchacha regresa después de doce años de ausencia y lo primero que hace es enviar facturas a tres vecinos por un total de treinta y seis mil dólares, por las buenas. No sé si me dejo algo, pero creo que ya es bastante para que uno comprenda que está entre chiflados, porque, dígame... ¿por qué está ocurriendo todo esto?

—Porque hace doce años ahorcaron a un hombre que era inocente, señor Westen. Y...

—¿Sí?

—No me extrañaría nada que todo se removiese ahora —sonrió irónicamente, se puso el sombrero y abrió la puerta—. Afortunadamente, Douglas Queer, capitán de rurales, ha tenido la buena idea de enviarlo a usted para aclarar las cosas.

Salió al porche y cerró rápidamente, dejando a Lin solo en el vestíbulo, sonriendo como si disculpase todas las tonterías de los que pueblan el mundo.

La sonrisa fue borrándose lentamente al darse cuenta de que desde allí oía las voces de Wilhemina y de Clayborne Rush.

—... Que me querías, Wilhemina.

—Oh, Clay, por favor, éste no es el momento...

—Nunca es el momento... Me prometiste una respuesta, Wilhemina. ¿No la merezco?

—Clay, yo... yo no estoy segura de quererte...: Siento aprecio por ti, me gusta estar contigo, pero yo no sé todavía si eso es... es lo que quieres, lo que debe decidirme a mí a aceptarte.

—Comprendo —había amargura en la voz del muchacho—; tu padre te ha convencido, ¿no?

—¿Cómo puedes...?

—Sé sobradamente que él no me aprueba para ti. Lo he notado. Al principio era mucho más amable conmigo. Ahora sólo está esperando que yo le dé un motivo para despedirme. Quiere separarnos y tú no vas a poder negar esto, porque él te habrá hablado al respecto.

—Por favor, Clay, éste no es el momento...

—Nunca es el momento. Wilhemina: yo sólo quiero saber si tú me amas o no. Sólo eso.

—Clay, no lo sé exactamente...

—¡Pero tienes que saberlo! Tú no puedes ignorar una cosa así.

—Oh, está bien, creo..., creo que sí, Clay, que te amo. Pero te ruego... No, ahora no... Te lo ruego, Clay...

La voz de Clayborne Rush se oyó ronca, baja:

—¿Quieres que me marche ahora? Quizá quieras pensar...

—Sí, sí... Quisiera estar sola unos minutos.

—Volveré dentro de una hora. ¿Te parece bien?

—Sí... Está bien.

Lin comprendió que Clayborne Rush iba a salir de la habitación del juez y se apresuró a salir al porche. Abrió la puerta silenciosamente, con rapidez, lo justo para salir al porche, y la dejó tan sólo ajustada, procediendo rápidamente a liar un cigarrillo. Cuando Clayborne Rush salió al porche, Lin acababa de apagar la cerilla.

—Oh, todavía está aquí, señor Westen...

—Todavía.

—Creí que se había marchado.

Lin miró con cierta simpatía al muchacho. Sonrió.

—Pues ya ve que no.

—Bien... Bueno, tengo..., tengo algo que hacer. Volveré pronto. ¿Estará usted aquí todavía?

—Seguramente no. Pero quizá sí.

—Ya... Bueno, hasta luego.

—Hasta luego.

Clayborne Rush se alejó, caminando despacio. Evidentemente, y Lin lo sabía muy bien, el secretario de Queer no tenía grandes cosas que hacer fuera de aquella casa.

Caía la tarde, lentamente. El cielo estaba teñido de rojo.

Lin aplastó el cigarrillo con un pie y entró de nuevo en la casa, dirigiéndose al dormitorio de Grover Delano Queer.

Wilhemina volvió la cabeza hacia la puerta cuando notó su presencia allí.

—Creí que se había marchado...

Lin se encogió de hombros, caminó hasta un butacón colocado en un rincón, y se sentó.

—¿Qué hace? —preguntó Wilhemina.

—Nada. Estoy sentado, descansando.

—Usted..., usted salvó la vida de mi padre, señor Westen.

—Y la mía. No podía hacer otra cosa que lo que hice.

—¿No lo hizo por mi padre?

—Lo hice, y eso es todo. No se complique la vida pensando en las cosas de los demás. Ocurre lo que ocurre, y eso es todo. Opino que haría mejor intentando resolver sus asuntos personales, pequeña.

—¿Qué quiere decir?

—Que a un hombre no se le debe entretener con vaguedades, sobre todo en cuestiones de amor.

—¡Oh!

—Si yo fuese Clayborne Rush, Minella, la abrazaría rudamente por la cintura, la miraría a los ojos y preguntaría: «Minella: ¿quieres o no quieres casarte conmigo?». Y usted tendría que contestar algo definitivo de una maldita vez.

—Usted... ¡ha estado escuchando!

—Simplemente, oí. Ustedes debieron asegurarse de que estaban solos. Incluso pudo oírles la cocinera.

—Mary debe estar... en la cocina, en la parte de atrás.

—Pudo haber estado delante. ¿Qué tiene su padre contra ese muchacho?

—No lo sé, y... Oh, eso no... no le importa a usted, señor Westen.

—No debería importarme.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabe por qué me envió aquí su tío Douglas, Minella?

—Pues... Bueno, mi padre le ha empleado...

—No, no, no. Le pregunto si sabe la verdad.

—¿No es ésa?

Lin Westen sonrió, y Wilhemina se preguntó qué tal estaría aquel hombre afeitado, cortado el pelo, lavado y con ropa limpia y planchada.

—Su tío Douglas me dijo: «Lin: tienes treinta y cuatro años. Ya es hora de que te cases. No puedes seguir viviendo como hasta ahora, siempre tirando de revólver, jugándote innecesariamente la vida y enamorando a las novias de los demás. Cásate. Precisamente, yo tengo una sobrina encantadora, en

Rankin. Se llama Wilhemina. ¿Por qué no vas allá, la conquistas y te casas con ella?».

Wilhemina Queer quedó sin habla, mirando incrédulamente a Lin. Aquello tenía que ser... una broma. Inconscientemente, miró con más atención al pistolero de malas trazas: era apuesto, fuerte, con un rostro duro y firme, algo sarcástica la expresión, maligna a veces.

Y de nuevo se preguntó qué tal estaría Lin Westen si se afeitase y demás cosas. Entonces se sonrojó de nuevo.

Y se sonrojó más aún cuando pensó en aquellas palabras según las cuales un tipo como Lin Westen iba enamorando a las novias de los demás. Era algo que podía dar que pensar si se prestaba atención a la frase, que parecía indicar que Lin Westen tenía no poca aceptación entre las mujeres.

¿Sorprendente?

Bueno, si visto tan desaliñado no causaba repulsión ni mucho menos, visto en otras condiciones quizá...

—¿Qué está pensando, Minella?

—¡Oh! En... Lo que usted ha dicho no es cierto...

—Lo es.

—¡Usted no ha venido a casarse conmigo!

—Bueno, no solamente a eso, claro... No me comprometí en absoluto. Antes tenía que ver si usted me gustaba o no...

—¡Pero...!

—Son cosas de su tío, Minella, no mías —refunfuñó Lin, disimulando el regocijo que sentía—; yo estoy estupendamente soltero.

—¡Pero esto es increíble!

—Yo no le he pedido nada, ¿verdad? Siga pensando en Clayborne Rush y déjeme en paz a mí.

—Pe... pero... ¡¿qué se ha creído usted?! ¿Quién..., quién es usted? Porque tío Douglas no enviaría a un expresidiario o a un bandido cualquiera a casarse conmigo...

—Si le digo quién soy, no me va a creer, de modo que dejémoslo y respetemos nuestro respectivo silencio.

—¿Acaso... piensa quedarse aquí?

—Naturalmente. Trabajo para su padre, ¿no? Ya he cobrado un anticipo de veinte dólares. Los tipos como yo, Minella, son terribles cuando se comprometen a algo y cobran un anticipo. ¿Ha oído hablar del honor de los tipos de revólver?

—Usted... no tiene por qué quedarse aquí, señor Westen.

Lin se echó a reír burlonamente. Movi6 la cabeza, c6mo disculpando, como poco antes, la tontería del mundo, y sac6 su rev6lver de la funda, abri6 el tambor, quit6 todos los cartuchos y puso unos nuevos, tras examinarlos expertamente. Enfund6 el rev6lver, cruzo una pierna sobre la otra y los brazos sobre el pecho y, por fin, mir6 a Wilhemina.

—Más tarde, quizá mañana, pondré un telegrama a su tío Douglas. Acerca de usted. Me comprometí a decirle si usted era de mi agrado o no.

—¿Y lo soy...? ¡Oh, eso no me importa!

Se había sofocado una vez más. Lin rió de nuevo.

—Dedíquese a pensar en Clayborne, Minella. Es un lindo muchacho. Seguramente, ahora él está emborrachándose por su amor...

CAPÍTULO VII

Malcom Tolger, Sylvester Owens y Elliot Sitter volvieron la cabeza hacia la puerta del reservado cuando ésta retembló bajo la llamada.

Estaban los tres sentados alrededor de una mesa redonda, sobre la cual había un tapete verde, cartas distribuidas, vasos, y dos botellas de *whisky*. También había fichas de juego.

Después de mirar hacia la puerta, se miraron entre sí. Luego, Tolger preguntó:

—¿Quién es?

—Rush.

Tolger se levantó, abrió la puerta, esperó a que Clayborne Rush entrara en el reservado y volvió a cerrar con llave. Hecho esto, se dirigió a su sitio y se sentó.

Sylvester Owens gruñó, mirando a Rush:

—No ha muerto, ¿en?

Clayborne Rush estaba algo pálido y parecía asustado. Se pasó la lengua por los labios.

—No... No ha muerto. Sólo consiguieron herirlo en un hombro. No creo que tarde mucho en reponerse. Y yo temo al juez cuando se pone a pensar.

—¿Estará en condiciones de hacerlo?

—No tardará mucho. ¡Maldita sea, ha tenido suerte!

—Suerte, y una compañía como la de ese Lin Westen. ¿Qué diablos pinta ese asqueroso pistolero en todo esto?

—Ya les dije, cuando nos vimos antes en el llano, que Douglas Queer escribió al juez diciéndole que Olivia Stovall regresaba. Leí aquella carta... Y he leído también la que ese Westen ha traído para el juez.

—Eso es muy interesante. Siéntate, Rush —Clayborne miró las cartas y las fichas, volvió a pasarse la lengua por los labios y se sentó. Sitter sonrió maliciosamente al darse cuenta de la mirada que el muchacho dirigía a los naipes—. ¿Qué dice esa carta?

—Habla de varias cosas...

—Nos interesa lo que dice de Lin Westen.

—Es un expresidiario.

Los tres hombres se miraron. Lin Westen hubiese opinado de ellos que parecían cuervos, de haberles visto.

—¿Un expresidiario? ¿Qué nos dice, Rush?

—Parece que Douglas Queer, el hermano del juez, siente algo de simpatía por ese Westen, y le ha enviado aquí para que el juez le dé un trabajo honrado. En la carta, el capitán de los rurales dice algo así como que Lin Westen acaba de salir de presidio y que necesita una oportunidad. También dice que Lin Westen es uno de esos tipos que están acostumbrados a resolverlo todo con el revólver... Algo así. No pude copiar la carta porque la hija de Queer estaba conmigo.

—¿De modo que Lin Westen es un pájaro de cuidado? Vaya —Sitter miró burlonamente a Owens—. Eso echa por tierra toda su teoría, Sylvester.

—Mejor —gruñó Owens—; prefiero que sea un expresidiario, un forajido cualquiera, que un rural.

Clayborne Rush palideció definitivamente. Su barbilla quedó colgando.

—¿Un... un rural?

—¿De qué se extraña, Rush? Si usted tiene un hermano que es capitán en los rurales, y ese hermano le envía un hombre, que a la postre le salva la vida..., ¿qué pensaría?

—Pu... pues... ¡Si ese hombre es un rural, yo no quiero seguir con esto!

Owens, Tolger y Sitter cambiaron una rapidísima mirada.

—Cálmese, Rush. Westen no es un rural, desde luego. Además, usted no puede abandonar ahora la partida. Ha puesto demasiado en juego. No lo pasaría muy bien si la gente del pueblo se enterase de que fue usted quien mató a Mike Spiers.

—¡No hable de eso!

—¿Por qué no? Nadie nos oye ahora, Rush. Podemos hablar con absoluta tranquilidad. Usted salió aparentemente hacia no sé qué recado del juez, pero se desvió lo suficiente para aparecer por detrás de Mike Spiers en el llano, cuando éste cabalgaba por allí con la intención de ser el primero en ver llegar a Olivia Stovall, y le metió tres balas en la espalda. ¿Sí o no?

Clayborne Rush apoyó los codos sobre la mesa y escondió el rostro entre las manos.

—Ustedes..., ustedes me lo ordenaron...

—Desde luego, Rush. Y usted no nos obedeció por nada. Hay veinte mil dólares al alcance de su bolsillo: tres mil doscientos que me debe usted a mí;

dos mil cuatrocientos que le debe a Sylvester, y mil cien a Elliot. Seis mil setecientos dólares en total. Y luego nosotros completaremos lo que falta hasta veinte mil y consideraremos saldada la deuda. Finalmente, está la chica, Wilhemina Queer, y el rancho de su padre. El juez no hace demasiado caso a su rancho, pero nosotros sí. Puede valer unos... cincuenta mil dólares, por lo menos. Si el juez muere y usted se casa con su hija, tendrá mucho dinero, Rush. Entre lo que le paguemos nosotros por el rancho, lo que le completemos hasta veinte mil dólares y el efectivo de los Queer en el Banco, quizá reúna usted cien mil dólares. Creo que esta partida es mucho más interesante que las que ha estado usted jugando con nosotros... sin dinero, Rush.

—Yo les habría pagado... de todas maneras.

—No lo dudamos. Pero ¿cuándo? Y ¿cómo, Rush? Seis mil setecientos dólares es mucho dinero para usted, Y no diga que le engañamos, porque ya le dijimos desde el primer momento que nosotros jugábamos fuerte.

—Sí... Lo sé...

—Para conseguir esa cantidad, habría tenido que robarla, o asesinar a alguien y desvalijarlo.

—Ya..., ya he asesinado a alguien: Mike Spiers. Era un buen hombre...

—Quien asesina, será asesinado... —rió duramente Owens.

—¿Cómo?

—Que a un asesino no le está nada mal que le asesinen.

—¿Lo dice por mí?

—O por Mike Spiers... ¿Qué más da, hombre?

—No les entiendo...

—Pues está bien claro: cuando ahorcaron a...

—¡Calla, Sylvester! —gruñó Sitter.

—Calmaros —aconsejó Tolger—. Y, desde luego, Sylvester, creo que debes callarte. En cuanto a usted, Rush, conviene que no olvide lo convenido. Nosotros intentaremos de nuevo matar al juez...

—¿Con los hombres de Olivia Stovall?

—¡Desde luego que sí! —rió Tolger—. Esa muchacha es una ingenua. Envía tres hombres con facturas y ni siquiera se le ocurre que a esos tres mismos hombres pueden contratarlos sus enemigos. Los de ella, se entiende. Esos tres tipos se llaman Gregerson, Witlock y Hoskins. Llegaron a mi rancho con aires de perdonavidas, les metí en mi despacho, les convidé a *whisky* y les dije que si continuaban al lado de Olivia Stovall, pero trabajando para mí, recibirían cinco mil dólares cada uno. No lo pensaron ni un instante. Entonces

les dije que hiciesen lo que ella les había dicho. Ellos fueron con la facturita a ver a Sylvester y a Elliot, les dijeron lo que yo les había ordenado, y luego nosotros tres nos reunimos para presentar una queja al juez. Sabíamos que Queer saldría inmediatamente a ver a Olivia Stovall, de modo que les dejamos, indicando a Gregerson, Hoskins y Witlock por dónde pasaría el juez, con órdenes de matarlo al regreso, para que se relacionase a Olivia Stovall con eso. Y creo que alguien puede estar ya sospechando de la muchacha, ¿no?

—No lo sé...

—Ya verá como sí, Rush. Bueno, lo importante aquí es que muera el juez, para que usted pueda casarse con su hija. Grover Queer es un hombre muy listo, descubrió que usted se perdía por los naipes, y por eso le cortó el camino hasta el corazón de su hija... El corazón o lo que sea, claro...

Se echó a reír, coreado por Owens y Sitter.

Clayborne Rush apretó los puños.

—¡No se rían! ¡No les consentiré que se burlen de mí...!

—Calma, Rush calma... Era una broma, muchacho. Mire, acabemos: nosotros le matamos al juez, para qué usted se pueda casar con la hija. Y como lo matarán tres de los hombres de Olivia Stovall, quizá alguien que aprecie mucho al juez se decida a matarla a ella. Por ejemplo, nosotros... — volvió a reír—. ¡Claro está que no diremos a nadie que hemos vengado al juez! Una vez muerta Olivia Stovall, nosotros podemos adquirir su rancho en subasta, ya que está sola en el mundo, por una cantidad muy poco superior a la que nos pide ella por la utilización de sus pastos durante estos doce años pasados. Usted se casa con Wilhemina Queer, la convence de que venda el rancho..., que también compraremos nosotros, y con unos cien mil dólares, Rush, usted y la chica se largan al Este, a disfrutar de una vida regalada. Nosotros nos quedamos con los dos ranchos, dominamos todo el movimiento ganadero de esta parte de Texas, también nos enriquecemos, y colorín colorado...

—Has olvidado un detalle —rió Owens—; no sólo seremos los desconocidos vengadores del juez Queer, sino del pobre Mike Spiers. Ambos contribuyeron no poco al... fallecimiento de Lester Stovall, por lo que a nadie extrañará que Olivia Stovall haya querido matar, en primer lugar al hombre que abrió la trampilla bajo los pies de su padre y, en segundo lugar, al hombre que le condenó a la horca.

—La muchacha venga a su padre..., y nosotros vengaremos al pobre Mike Spiers y al querido juez Queer.

Clayborne Rush les miró incrédulamente.

—¿Ustedes mismos matarán a Olivia Stovall?

—Ya veremos, Rush, ya veremos... Quizá nos decidamos a emplear un asesino de talla... Lin Westen, por ejemplo. El dinero hace pensar muy sensatamente a los hombres.

—¿Van a... a devolverme ahora los pagarés?

Malcom Tolger, Elliot Sitter y Sylvester Owens miraron al muchacho como a un niño tonto, con pena.

—Supongo que no habla en serio, Rush.

—Bueno, yo creí que habiendo matado ya a Mike Spiers...

—Un momento, un momento. —Owens se puso serio—. Usted nos preguntó hace algunas semanas qué podría hacer para recuperar esos pagarés. Y nosotros se lo dijimos, Rush: nos ha mantenido informados de todo cuanto ocurría en el despacho del juez relacionado con el rancho de él mismo y de Olivia Stovall, que son los que nos interesan. También nos copió la carta que recibió Queer de su hermano rural informándole del regreso de Olivia Stovall. Sobre ese regreso, nosotros montamos un plan, que pronto se cumplirá, si esos tres estúpidos pistoleros no vuelven a fallar. Por un total de cien mil dólares y la chica, Rush, usted se avino a llegar hasta el final. Ahora, en realidad, somos socios, o algo parecido. Pero todos los socios precisan de unas ciertas garantías. Las nuestras, con respecto a usted, son los pagarés. Los tendrá en cuanto hayan muerto Grover Queer y Olivia Stovall. No antes.

—Está bien... ¿Lo harán esta noche?

—No lo sabemos aún. Usted vaya con su chica, y no se preocupe de nada. Nosotros lo arreglaremos todo. Su parte ya está hecha, Rush.

—Sí, claro... Bueno, adiós.

—Hasta la vista, muchacho. Y no se preocupe; todo saldrá bien. Si salió cuando lo de Lester Stovall y los Paxson, no veo por qué ahora no había de...

—¿Te quieres callar, Sylvester, maldito seas? —masculló Tolger.

Clayborne Rush se detuvo junto a la puerta y se volvió.

—¿Paxson? —musitó—. ¿Se están refiriendo a los Paxson por cuyo asesinato sentenciaron y ahorcaron a Lester Stovall?

—¿Qué sabe usted sobre eso? Ni siquiera estaba en Rankin cuando ocurrió, ¿no?

—No; pero oí algo hace tiempo, al llegar aquí. Fue algo que me interesó, y cuando me puse a trabajar para Queer eché un vistazo a los archivos. Según pareció, Lester Stovall había asesinado a Albert Paxson y a su hijo, un

muchacho de doce años o así... Todas las pruebas estaban clarísimas contra Lester Stovall.

—Naturalmente. Adiós, Rush.

—Adiós...

Cuando el muchacho hubo salido, Tolger y Sitter miraron furiosamente a Owens.

—Maldito seas, Sylvester —masculló Sitter—. ¿Quieres que al cabo de doce años nos linchen a nosotros?

—¡Bah! Aquello ya pasó. ¿Quién va a sospechar ahora de nosotros?

—No tienes por qué creer que Rush es tonto. Si el muchacho se pusiese a pensar y le fuese con el cuento al juez Queer...

—¡Tonterías! ¿Cómo va a decirle al padre de la muchacha que ama que ha entrado en una confabulación para asesinarlo, y que, además, él mismo ha asesinado a Mike Spiers?

—Está muy asustado —musitó Tolger.

—Habrá que quitarlo pronto de en medio. Ya no puede ayudarnos en nada más. ¿Por qué esperar?

—Paciencia —aconsejó Tolger—. De momento, lo más importante es reunirnos con Gregerson, Hoskins y Witlock para que nos expliquen por qué Lin Westen solo pudo con ellos y para advertirles que otro fallo ocasionará que los cinco mil dólares no se muevan de nuestros bolsillos...: Se rumorea que Lin Westen hirió a uno de esos hombres. Si es así, quizá ellos esperen un par de días para intentarlo de nuevo..., o quizá lo intenten mañana mismo. Salgamos. Iremos cada uno por un lado, hacia Green Creek.

—¿Están allá?

—Claro. Salgamos juntos —sonrió perversamente—. Ya hemos acabado la partida por esta noche.

Se rieron los tres.

* * *

Olin fumaba en silencio, hosco el gesto. No era fácil olvidar la rapidísima lección que le había dado Lin Westen, ni tampoco parecía fácil encontrar la manera de devolver la jugarreta. Estaba sentado en el despacho de Olivia Stovall, en uno de los butacones de piel de vaca.

Olivia estaba tras la mesa, fría y serena. A pesar de la rabia, sentía admiración por Lin Westen. No podía evitarlo... Cuando oyeron los pasos en el porche, Olin y la muchacha se pusieron alerta.

Olivia dijo:

—Vaya a abrir, Olin. Debe ser Kiernan. Se puso en pie sin decir palabra y salió del despacho. Pocos segundos después regresaba acompañado de Kiernan.

—Ya han vuelto, señorita Stovall. Gregerson está herido.

—Entonces..., ¿insiste en que han podido ser ellos, Kiernan?

Kiernan encogió los hombros.

—Yo le he dicho lo que he sabido cuando me he llegado a Rankin a ver si era cierto que Ashby y Stewart habían muerto. Están ya en las cajas de pino, digo. En cuanto a ese Westen, salvó la vida del juez, pero no la del alguacil. Dicen que Westen mencionaba a tres hombres como sus atacantes y aseguran que él hirió a uno. Ahora, Hoskins, Witlock y Gregerson han regresado y Gregerson viene herido en un hombro, que es donde parece ser hirió ese Westen a uno de los atacantes.

—¿No han dicho ellos tres dónde han estado hasta ahora?

—Claro que no.

—¿Le parecieron dispuestos a salir esta noche?

—Yo diría que no, pero no puedo asegurarlo. ¿Quiere que vaya a preguntarle eso, de su parte?

—¡No! No, Kiernan, no. Antes quisiera asegurarme de que han sido ellos quienes han atacado al juez, por su propia cuenta. ¿Está seguro de que no fueron vistos por el pueblo?

—Todo lo seguro que se puede estar. Preguntando por Stewart y Ashby supieron darme razón de que estaban en la funeraria. En cambio, nadie mencionó a Witlock, Greg y Hoskins.

—Stewart y Ashby estaban en Rankin cumpliendo mis órdenes de enterarse de cómo estaba aquello, y aunque ese Westen no hubiese dicho que estaban muertos, me habría parecido normal que tardaran en regresar aquí. Pero Gregerson y los otros dos sólo fueron a llevar las facturas a esos tres sinvergüenzas de Tolger, Sitter y Owens... Debieron regresar mucho antes...

—No piense más, qué diablos. Vaya a verlos y pregúnteles dónde han estado y qué le ha ocurrido a Gregerson. Ellos están obligados a contestar a sus preguntas: trabajan para usted, como Olin y yo.

Olivia Stovall miró el reloj que colgaba de la pared. Se había vuelto a parar. Aunque lo hubiese limpiado y puesto en marcha, no debía estar en buenas condiciones después de doce años de ocio. La muchacha miró entonces el relojito que colgaba de su cuello por una cadenita de oro.

Eran cerca de las diez de la noche. Demasiado tarde para todo. El día había sido fatigoso y quizá se estaba preocupando por cosas que no lo merecían. Al día siguiente tenía que hacer algunas compras en Rankin, y quizá convendría dejar bien claras las cosas respecto a lo sucedido a Grover Delano Queer.

—Voy a acostarme —murmuró—. Si viesen marchar a Gregerson, Witlock y Hoskins, despiértenme enseguida. Pero no les digan nada a ellos.

—Como usted diga, señorita Stovall.

CAPÍTULO VII

Primero, al abrir la puerta de la casa del juez, Lin Westen vio a Olivia Stovall, y no pudo evitar una ligera expresión de sorpresa. Luego, junto a la calesa cerrada de la muchacha, al otro lado de la valla del jardín, vio a Olin y Kiernan a caballo, esperando.

Parecía que la cosa se presentaba en son de paz, y Lin sonrió.

—Muy buenos días, señorita Stovall. ¿Viene a pedir justicia? Si es así, le informo que el juez Queer está herido y que...

—¿Se puede callar? —cortó secamente la muchacha—. Sé lo que está ocurriendo y he venido precisamente a hablar con él.

—¿Con el juez?

—Sí.

—Caramba... Supongo que en son de paz, ¿no?

—Se lo diré al juez Queer.

Lin miró más directamente a Kiernan y Olin, a los cuales no había perdido de vista en ningún momento, y sonrió más anchamente.

—Adelante. No se entretenga más.

—¿Ya sabe si querrá recibirme? ¿O si está en condiciones?

—¡Oh, el juez está bien...! Relativamente, claro. Y la recibirá, desde luego. Le diré que yo la recomiendo. Esto... Supongo que no lleva armas... y que no piensa recurrir a ningún truco para apoderarse de alguna aquí dentro.

Olivia apretó los labios ante la clara alusión a lo sucedido la tarde anterior en su rancho entre Lin y Olin. Sin contestar, y esforzándose en ignorar la burlona sonrisa de Westen, siguió la dirección que éste le indicaba. Lin cerró la puerta, tras una última mirada a Kiernan y Olin, y siguió a la muchacha.

En el pasillo se oían murmullos de voces procedentes de la habitación de Grover Queer, pero cuando Olivia Stovall apareció en la puerta se hizo, de pronto, el silencio más absoluto. Sin embargo, sólo duró un par de segundos.

La voz de Grover Delano Queer saludó:

—Buenos días, Olivia. ¿Puedo servirte en algo?

—No lo creo.

La muchacha contestó secamente, sin adelantar un paso más. Lin la apartó suavemente, entró en la habitación y se dejó caer en un sillón. A veces se presentaban curiosas circunstancias en la vida de algunas personas que convenía observar cómodamente.

Además del juez, estaban allí el doctor Lindgren, Clayborne Rush y, naturalmente, Wilhemina Queer. Ésta parecía terriblemente desconcertada, el doctor tenía fruncido el ceño, Rush estaba muy pálido y Grover Queer, aunque también un poco pálido y con el brazo en cabestrillo, aparecía completamente sereno y dueño de sí, ya vestido.

—Tú dirás a qué has venido, Olivia. ¿No quieres pasar?

—Estoy bien aquí. Sólo quiero advertir que yo no he tenido nada que ver con esto.

—¿Con qué, Olivia?

—Con..., con eso, con su herida.

Grover Queer pareció desconcertarse entonces.

—¿Y quién ha dicho que tengas algo que ver?

—Quizá yo misma. Creo que fueron tres de mis hombres quienes les atacaron, señor Queer.

—¿Y qué?

Ahora se desconcertó Olivia.

—Bueno..., si mis hombres le hirieron, quizá alguien podía pensar que yo lo ordené.

—Lo pensamos, señorita Stovall —habló Lin Westen. Y todas las miradas se volvieron hacia él—. El juez y yo lo hemos hablado esta madrugada; pero hemos llegado a una conclusión muy interesante: que usted no ordenó a nadie que nos atacase.

—¿Cómo sabe eso? ¿Cómo puede estar seguro?

—Mire, usted ha venido aquí a fastidiar a algunas personas; pero de una manera legal. Se cree muy lista. O quizá lo es. De todos modos, a usted no le interesa ni le conviene la violencia, pues siempre llevará las de perder. Por otra parte, ayer tarde no parecía tener ninguna intención agresiva hacia nosotros. Luego, cuando el señor juez, el alguacil y yo nos marchamos de su rancho, usted no pudo dar, hasta bastante después, ninguna orden contra nosotros, pues la dejamos atada y amordazada. No, señorita Stovall, no fue usted. Ya lo sabíamos. Lo que no sabíamos es que hubiesen sido tres de los hombres que trajo a Rankin con usted. ¿Quiénes son y dónde están?

—Se llaman Hoskins, Witlock y Gregerson, y no sé dónde están en estos momentos. Simplemente: no lo sé.

Lin Westen estaba más serio que de costumbre. Miraba fijamente a Olivia Stovall, y todos tenían la impresión de que estaba adivinando los pensamientos de la muchacha.

De pronto, Lin espetó:

—¿De veras odia usted al juez Queer, señorita Stovall?

—Sí.

—¿De veras? ¿Y a quién más odia? ¿Qué se propone hacer para sofocar ése odio, señorita Stovall?

—No..., no le importa a nadie.

—¿Por qué no nos explica sus proyectos? Quizá entre todos podamos conseguir que no ocurran más desgracias. El juez Queer estaba a punto de marchar hacia su rancho cuando usted ha llegado. No es que la herida tenga importancia, pero se repondrá mejor allí que en el pueblo. Hay en Rankin gente que está creyendo que usted ha venido a vengarse con sangre, señorita Stovall. Como sé que usted es inteligente, voy a sugerirle algo: lleve al juez en la calesa de usted a su rancho. Eso se comentará en Rankin, y nadie pensará ya de usted que intentó nada contra el juez. Se calmarán los ánimos contra usted y sus pistoleros. Luego, usted despide a esos tres hombres... y se dedica a seguir su venganza o lo que sea, a su manera. Pero de momento habrá paz y nadie la molestará a usted.

—No voy a llevar a ningún sitio a ese hombre.

—¿Teme que la convenza por el camino?

—¡No temo nada!

—El juez Queer cumplió con su deber hace doce años, señorita Stovall. Cualquiera en su lugar habría hecho lo mismo. Incluso su padre de usted, seguramente.

—¡Usted no sabe nada de nada! ¿Por qué habla tanto si lo ignora todo?

—Estoy hablando en su propio beneficio, señorita, no en el mío. Y no ignoro nada... Sé más cosas que usted misma, porque esta noche el juez tenía ganas de charlar y yo de escuchar. ¿Lo llevará en su calesa?

—Tengo... que hacer algunas compras.

—Hágalas. Nosotros la esperamos aquí.

—Es una tontería...

—Se puede intentar, señorita Stovall. Además, hay otro detalle interesante: si esos tres hombres que no quieren pagarle lo que usted les ha reclamado por derecho de pastos durante doce años la ven en buena armonía con el juez, quizá opten por pagar.

—Eso ya me convence más. Tardaré una hora.

Lin se puso en pie.

—De acuerdo. Pero llévese a sus pistoleros de ahí delante. Que se vayan a beber unos tragos. No me gusta verlos ahí delante, digo.

Olivia se marchó de pronto, bruscamente, sin despedirse, y todos quedaron en silencio. Por fin, Queer movió pensativamente la cabeza.

—No sé hasta qué punto sabe lo que está usted haciendo, Lin, pero confiaré en usted. Y ya sabe por qué. De todos modos, si esa muchacha me odia...

Lin Westen sonrió suavemente.

—Digamos, señor juez, que Olivia Stovall se está esforzando en lo posible por odiarle. La pobre muchacha está convencida de que debe, odiarle con todas sus fuerzas. Quizá podamos convencerla de lo contrario.

El doctor Lindgren soltó una risita, recogió su maletín y se colocó jocosamente el alto sombrero negro.

—Te dejo en muy buenas manos, Grover. Supongo que el señor Westen nos dará la sorpresa de decirnos quién es en realidad cualquier día. Te visitaré esta tarde en el rancho. Adiós a todos.

Cuando se dirigía hacia la puerta, Clayborne Rush se unió a él.

—Le acompañaré un trecho, doctor. Tengo que recoger algo en la pensión.

Salieron los dos. Lin Westen esperó unos segundos, miró a Queer y a su hija y salió del dormitorio sin decir palabra. Se acercó a una de las ventanas del vestíbulo y estuvo mirando por ella durante casi un minuto.

Luego regresó a la habitación.

—¿Ocurre algo, Lin? —preguntó el juez.

—¿Dónde está hospedado Clayborne Rush?

—Pues... En la pensión de Rosemarie Turner, creo. ¿No es así, Wilhemina?

—Sí, papá.

—Bien, bien; pero ¿hacia dónde cae eso?

—Calle arriba, casi a la salida del pueblo.

—¿Calle arriba? ¿Quiere decir hacia el Norte?

—Naturalmente... ¿Qué está pasando, Lin?

Westen miró a Wilhemina y se mordió los labios.

—Creo que yo también saldré a dar una vuelta. Le dejo esto, juez.

Colocó el revólver que arrebatara a Olin la tarde anterior sobre la cómoda y sin dar tiempo a los Queer a pedirle explicaciones salió de la casa,

saltó sobre su caballo y partió calle abajo..., que era precisamente el camino que Clayborne Rush, a caballo, había tomado para dirigirse a su pensión.

CAPÍTULO VIII

Malcom Tolger fue el primero en ver al solitario jinete y lo reconoció enseguida.

—Juraría que es Clayborne Rush... Sí, lo es —se puso en pie sobre la roca tras la que había estado escondido y agitó los brazos en el aire—. ¡Eh, Rush!

Clayborne salió del camino y condujo el caballo hacia el grupito de robles que se alzaba en un ligero montículo. Antes de llegar comprendió que Tolger, Sitter y Owens habían ya decidido lo que convenía hacerse o, por lo menos, lo estaban discutiendo. Y se convenció de ello cuando, al llegar a lo alto, vio a los tres pistoleros tumbados en el suelo. Uno de ellos tenía vendado el hombro; la venda se veía por la abierta camisa, cerca del cuello. Estaba un tanto paliducho.

Además de los tres pistoleros y Tolger estaban Sitter y Owens, naturalmente. Desde allí se veía el camino en un punto en que aún no se bifurcaba en dos, hacia el rancho Stovall y el Queer, respectivamente. Debían haber estado tramando algo, pero lo que él iba a decir les obligaría a cambiar de planes.

—¿Adónde iba, Rush? —gruñó Tolger cuando desmontó.

—A su rancho. Ha sucedido algo imprevisto: Olivia Stovall ha llegado, no hace mucho a casa de Queer y ha dicho que sabe que tres de sus hombres tendieron la emboscada ayer al juez, pero que ella no dio órdenes en ese sentido. Los nombres de los tres hombres a que ella se refiere son: Witlock, Hoskins y Gregerson. Uno de ellos, no recuerdo cuál, está herido en un hombro.

Los tres rancheros miraron hacia los pistoleros, imitando a Rush.

—Maldita sea —farfulló Owens—. Esto lo va a complicar todo...

—Creo que lo puede simplificar, Owens.

—¿De veras, Rush? Quizá usted ha tenido alguna idea, ¿eh?

—Sólo les diré una cosa: dentro de una hora, aproximadamente, el juez Queer y Olivia Stovall pasarán por ese camino, los dos juntos en la calesa de

ella, hacia el rancho del juez.

—¿Y quién más irá?

—Pues supongo que ese entrometido de Lin Westen y... ¡Eh! ¡Un momento! ¡Wilhemina también irá con ellos!

—¿Y qué? ¿Qué le pasa ahora, hombre?

—Si ustedes seis disparan...

—Cálmese, hombre, no sea tan nervioso. Tome ejemplo de ellos —señaló con el pulgar hacia los tres pistoleros—. Precisamente estábamos pensando el mejor modo de... Creo que se me está ocurriendo algo... Desde luego, usted va a tener que ayudarnos, Rush.

—¡Oiga, yo no quiero volver a disparar contra nadie que...!

—No se trata de eso. Usted acompañará a los Queer, ¿no es así?

—No sabría cómo evitarlo.

—De todos modos... Mmmm...

—Oiga, Tolger, si le pasa algo a Wilhemina...

—No sea estúpido, Rush, y déjeme pensar. ¿Dice que pasarán por ese camino?

—Seguro. Así lo espero al menos. Ya sé que es el más largo y el más alejado del rancho, pero es más llano que el otro, y al juez no le convienen las sacudidas.

—Ya. Vamos a ver, Gregerson, Hoskins y Witlock: monten en sus caballos y vayan hacia el camino y regresen. Lléguese hasta aquella roca pelada de tono oscuro.

—¿Se le ha ocurrido algo? —inquirió Rush.

—Cállese ahora, Rush. Vamos, no hay tiempo que perder, Gregerson: una hora más y ustedes tendrán su dinero.

Los tres pistoleros, siempre en silencio, montaron en sus caballos y los lanzaron pendiente abajo, sin prisas. En el medio minuto escaso que tardaron en efectuar el recorrido, Malcom Tolger musitó rápidamente:

—Escuche atentamente, Rush: usted va a quedarse aquí sin pedir explicaciones. Esos tres hombres están destinados a morir y usted a quedar como un héroe a los ojos de su adorada Wilhemina. Pero un héroe que no habrá podido evitar la muerte de su padre, lástima. No pregunte nada, muchacho, no hay tiempo ahora.

—No me gusta...

—Escuche: si Olivia Stovall y los Queer se reconcilian, todos habremos perdido la jugada. Y me refiero a nosotros cuatro, naturalmente. ¿Le interesa eso?

—No. No, claro...

—Entonces, quédese aquí, sin decir palabra, y déjeme a mí que disponga las cosas.

—No me gusta esto, Tolger. ¡No me gusta!

—¡Está bien, pues, lárguese y échelo todo a perder ahora que estamos a punto de conseguirlo! ¡Maldita sea, hemos estado esperando doce años para esto y ahora...!

—Yo no he esperado nada.

—¡Nosotros, sí! Y si lo conseguimos, usted también se llevará su parte, ¿no es así? ¿Qué más diablos quiere?

Los tres pistoleros regresaban ya.

Clayborne Rush se mordió los labios. Estaba desconcertado, inquieto, asustado. Pero ya no podía retroceder. Efectivamente, se había metido demasiado en la partida para poder tirar las cartas tranquilamente y abandonar el juego. No podía hacerlo.

—Está bien. Me quedaré aquí. Pero...

—Magnífico. Y ahora, cállese. Sólo tenemos que esperar.

Gregerson, Witlock y Hoskins desmontaron ágilmente, dejando los caballos a la relativa sombra de los robles.

—¿Qué tal? —preguntó Witlock.

—Medio minuto —contestó alegremente Tolger—. No está mal.

—Medio minuto... ¿de qué?

—Han tardado medio minuto en llegar. Ida y vuelta hasta la roca lleva medio minuto.

—¿Y eso tiene importancia? —gruñó despectivamente.

—Puede tenerla para nosotros.

—Está bien, dígalo ya.

—No hay nada que decir, Gregerson. Lo único que tenemos que hacer es esperar. Y disparar en el momento oportuno contra todo el mundo que venga por ese camino. Menos contra la muchacha que ya les indicaremos.

Clayborne Rush suspiró profundamente.

Comenzaba a sentir calor. Él no estaba acostumbrado a aquel sol implacable, sino a la fresca sombra de la oficina de Queer. Largos churretes se deslizaban, por sus bien rasuradas mejillas, y algunos, más finos, se metían en los ojos por los lados exteriores.

Un gran silencio era el signo más descriptivo de la mañana.

Y el sol de cien mil diablos.

Y los cuervos.

Se veían algo lejos, sobre la tierra más parda y seca del llano algo áspero que se extendía hasta algunas millas antes de llegar a las orillas del Concho River, veinte millas más arriba... Los cuervos eran como manchas en los ojos. Describían círculos y más círculos, siempre acechando, siempre ojo avizor en espera de la presa propicia.

Clayborne Rush se estremeció cuando, de pronto, se vio a sí mismo como un gigantesco cuervo repulsivo y maldito. Él también estaba esperando la presa. Igual que un cuervo. Y Tolger. Y Sitter. Y Owens. Y los tres pistoleros. Eran como malditos cuervos hambrientos. Los siete. En realidad, eran mucho más cuervos que los que volaban, porque éstos esperaban que la presa muriera y ellos iban a matarla antes de devorarla. Matarían la propia presa, lo que sería carroña más adelante.

Sí. Ellos eran siete malditos cuervos... a la espera.

CAPÍTULO IX

Vieron la calesa.

Se acercaba casi lentamente al paso cansino del caballo que tiraba de ella. En verdad, se adoptaban precauciones con respecto a la herida de Grover Delano Queer.

Malcom Tolger frunció el ceño y miró disgustado a Rush.

—¿Qué broma es ésta?

—¿Bro... ma...? No le entiendo, Tolger...

—Ahí sólo vienen el juez y Olivia Stovall.

—Mejor —gruñó Sylvester Owens—. Así todo será más fácil.

Clayborne balbuceó:

—Eh... Bueno... Yo me alegro de que Wilhemina no venga con ellos. Quizá..., quizá se ha retrasado, con Westen para recoger algo que olvidaron.

—No me gusta —manifestó Tolger.

—¿Pues qué diablos quieres? —rezongó Sitter—. Ahí los tienes. A los dos. Solos —le miró significativamente—. ¿A qué esperamos para actuar?

Tolger no parecía en absoluto convencido.

—Está bien: hagámoslo.

Gregerson estaba sentado, con el rifle sobre las rodillas. Hoskins y Witlock estaban tendidos boca abajo detrás de las rocas, con los rifles apuntados hacia el camino.

—Nunca mejor que ahora —declaró Witlock—. ¿Disparamos? Están a la distancia justa. Unos disparos perfectos, señor Tolger.

—Mmmm... ¡Ahora!

Gregerson, Witlock, Hoskins y Rush se sobresaltaron cuando Tolger se puso en pie al decir «¡Ahora!» y Owens y Sitter le imitaron.

—¿Qué diablos...?

Los tres rancheros quedaron de pie detrás de los otros cuatro hombres. Éstos ni siquiera tuvieron oportunidad de defenderse. Sus espaldas fueron mordidas brutalmente por los plomos, cuya fuerza pareció aplastarlos a los cuatro con la tierra.

Witlock consiguió volverse, moviendo torpemente el rifle, pero Owens le disparó desde menos de tres pies, acertándole en pleno rostro, a un lado de la nariz.

Gregerson había muerto instantáneamente, sin un gemido siquiera.

Hoskins quedó colgando con medio cuerpo fuera de la roca, visible desde el camino. Los brazos le colgaban blandamente. El rifle rodaba declive abajo.

Clayborne Rush apoyó ambas manos en el suelo, intentando incorporarse.

—¡Ase... si... nos...!

Tolger rió.

—Quien asesina será asesinado, muchacho, ya te lo dije.

Y le disparó otro balazo en la espalda. Clayborne se aplastó de golpe contra el suelo y quedó inmóvil, con los brazos debajo del cuerpo.

Tolger enfundó momentáneamente el revólver.

—¡Pronto, el dinero!

Sacó un fajo de billetes y lo tendió a Owens. Sitter hizo lo mismo, y ninguno se sobresaltó porque Owens, con una navaja, partiese en dos el fajo de billetes reunido.

Mientras Tolger y Sitter saltaban sobre la roca, junto al cadáver de Hoskins, y agitaban amistosamente los brazos hacia el camino. Owens metió una mitad del fajo de billetes en un bolsillo del pantalón de Clayborne Rush. La otra mitad del fajo la distribuyó en los bolsillos de Gregerson y sus dos compañeros.

—Listo —avisó—. Cuando encuentren las mitades de billetes que lleva Rush en un bolsillo y las otras mitades repartidas entre estos tres, creerán que era Rush quien les pagaba y que les daría la otra mitad al acabar el trabajo. Vamos, montad ya. Hay que acabar pronto.

Tolger saltó de la roca hacia atrás.

—Esos dos estúpidos están plantados ahí en medio, esperando. Les va a ocurrir lo mismo que a los Paxson. Y, como cuando los matamos; a ellos, la culpa se la llevarán otros, como el pobre Lester Stoval.

—Vamos, vamos: hay que matar a esos dos y hacer el cambio de armas. No podemos perder tiempo.

—Espero que salga bien: todos creerán que descubrimos a Rush y a estos tres idiotas cuando ya habían matado a esos dos y que no tuvimos otra alternativa que disparar contra sus espaldas.

—¡Seremos unos héroes! —rió Sylvester Owens.

—Tomad —Sitter y Owens habían montado ya, y Tolger les tendió los rifles de Gregerson, Witlock y Hoskins—: hay que matarlos con esto. Y no

tiréis desde demasiado cerca.

Owens y Sitter tomaron los rifles, Tolger montó, y los tres enfilaron sus caballos hacia la bajada. Cuando galopaban hacia el camino, Sitter alzó su rifle en alto.

—¡Eh, juez, había aquí cuatro hombres emboscados...! ¡Uno de ellos es Rush, su secretario...!

La calesa estaba detenida en medio del camino. Parecía que sus ocupantes, Queer y Olivia, no sintiesen ninguna preocupación. Los tres jinetes se acercaron hasta unas cinco yardas.

—¡Allí tiene a su secretario, juez! ¡El muy cochino les había tendido una emboscada! ¡Pero la nuestra es mejor...!

Los tres colocaron horizontalmente los rifles a la vez. Pero cuando estaban a punto de apretar el gatillo, una figura humana, que se movía a una rapidez de locura, apareció de detrás de la calesa saltando al polvo del camino.

—¡Es Westen! —chilló Tolger—. ¡Es una trampa!

Lin Westen, que había viajado ciertamente incómodo en la barra trasera de la calesa, llevaba ya el revólver en la mano cuando saltó al camino.

Sólo tuvo que apretar el gatillo.

Malcom Tolger saltó del caballo, chillando lastimosamente. En el aire, antes de que hubiese llegado al suelo, la otra bala le alcanzó en la cabeza, destrozándosela.

Inmediatamente, Lin desvió su revólver hacia el siguiente en el círculo de tiro: Sylvester Owens.

Éste estaba a punto de disparar cuando la siguiente bala disparada por Lin le acertó, en un ojo, lo reventó, destrozó la cabeza por detrás y lo dobló sobre los riñones como, abatido por un huracán. El caballo se asustó, saltó hacia un lado, efectuó una corcova y Owens se estrelló contra el polvo.

Pero mientras tanto, Elliot Sitter había conseguido disparar. Y lo hizo en el preciso momento en que Grover Delano Queer se ponía en pie en el asiento y exclamaba:

—¡No! ¡A ella, no!

La bala salió y Olivia Stovall chilló con todas sus fuerzas cuando Queer fue lanzado contra ella por el tremendo impacto del plomo del rifle, disparado a menos de cinco yardas. Mientras el juez resbalaba rápidamente por encima de la muchacha y caía al camino de costado. Lin Westen disparó otra vez. Y otra.

La cara de Elliot Sitter se convirtió en una roja visión espeluznante. Un chillido agudo de dolor y miedo fue cortado por la súbita muerte. Saltó hacia atrás, dio con la espalda en la grupa del caballo, rebotó y cayó de cabeza al suelo. Los caballos relinchaban asustados, alejándose. Olivia Stovall estaba tan asustada, gritando y llorando a la vez, que ni siquiera pensaba en el peligro que corría Queer, tan cerca de las ruedas de la calesa, que se movía debido a la inquietud del caballo que tiraba de ella.

Lin retuvo al caballo por las bridas y se apresuró a calmarlo. Inmediatamente corrió junto al juez y se arrodilló a su lado.

—¡Oh, Dios mío! —gemía Olivia—. ¡Está muerto, está muerto...!

Westen estaba casi más pálido que el juez.

—Todavía no, Olivia. Baje de ahí y ayúdeme. Le colocaremos cruzado en el asiento de atrás y regresaremos enseguida a Rankin. Esta vez el doctor Lindgren tendrá que trabajar de veras si quiere salvar esta vida.

—Ésa..., esa bala iba dirigida a mí, y el señor Queer... ¡Él se ha puesto delante a propósito para salvarme...!

Con una suavidad que hubiese sorprendido a Olivia Stovall en circunstancias normales, el zarrapastroso Lin Westen la tomó de un brazo y la ayudó a descender de la calesa. La mantuvo abrazada por la cintura mientras susurraba:

—Esto quizá salde alguna deuda, Olivia.

—Pe... pero él no..., no tenía por qué hacer eso...

—Queer hizo lo que creyó que debía hacer: exactamente igual que hace doce años, Olivia. Equivocado o no, Grover Delano Queer siempre ha hecho lo que él consideraba debía hacerse. Y no perdamos más tiempo: ayúdeme a ponerle cruzado en el asiento. Pase al otro lado. Eso es...

Cuidadosamente colocaron a Queer en el asiento. Luego, Westen miró hacia las rocas tras las cuales habían sonado los primeros disparos.

—No se mueva de aquí; Olivia. Regreso enseguida.

Subió al montículo. De los cuatro hombres sangrantes allí tendidos sólo conocía a Clayborne Rush. Y era el único que todavía tenía un aliento de vida.

—Wes... ten...

Lin se arrodilló a su lado.

—Mala suerte, muchacho. Sé que no jugaba limpio. Le seguí cuando salió con el doctor Lindgren y desde lejos le vi subir aquí y vi a varios hombres más. Comprendí que algo ocurriría y que usted no iba a ser ajeno a esto.

—Wilhe... mina...

—Ella sabrá la verdad. Usted no merece nada, muchacho. Ni siquiera que le cierren los ojos cuando muera. Lo harán los cuervos. Esta vez los cuervos quedarán contentos de mí: les prometí carroña y van a tenerla en abundancia.

—Wes... ten, ellos tres... asesinaron a los Paxson... hace años. Mi..., mi maldito futuro suegro —soltó una risita burlona— envió a la horca a..., a su mejor amigo..., siendo inocente... Los culpables eran Tolger..., y Owens y Sitter... Lo oí decir a ellos mismos, se..., se lo juro...

—Está usted escupiendo veneno hasta el último momento. Quiere perjudicar, dañar a Queer, ¿no es eso? Quiere que sepa que él envió a la horca a su amigo, que no había cometido ningún asesinato. ¿No es así, Rush?

Clayborne Rush volvió a reír burlonamente. La risa se tornó de pronto increíblemente aguda, hasta que se quebró cuando un chorro de sangre brotó impetuoso de la boca del elegante muchacho:

—Que el diablo se apiade de ti, Clayborne Rush... Y de todos estos malditos pedazos de carroña, porque si no, lo vais a pasar pésimamente en el infierno. Aunque... —miró hacia el cielo, que se iba llenando de sombras negras, alargadas, como suspendidas en un vuelo increíble—, aunque creo que el diablo sólo tendrá vuestros huesos.

Regresó al camino y subió a la calesa en un lado.

Olivia le miró. Había perdido aquel gesto frío, aquella máscara helada y dura. Todavía había muchas lágrimas en sus mejillas, y le miraba a él como si fuese su última esperanza en el mundo.

—Señor Westen..., ¿qué..., qué pasará ahora?

Lin Westen suspiró profundamente.

—Olivia: su padre no fue un asesino. Conozco mejor que usted la vieja historia. Los asesinos fueron estos tres hombres que han querido matarla también a usted. Falló el jurado, el juez, el alguacil, que abrió la trampilla bajo los pies de su padre... Y ahora yo soy quien pregunta: ¿qué va a pasar ahora, Olivia? ¿Podrá perdonar?

—¡Oh, Dios mío!, yo..., yo no lo sé... Habrá qué decir la verdad.

—¿Por qué? Su padre murió. Eso ya no tiene remedio. Si ahora Grover Queer se entera de la verdad... será terrible para él. Usted le causará un dolor irremediable.

—¿Qué..., qué debo hacer?

—Esos tres hombres han asesinado por ambición, Olivia: Deduzco que querían apoderarse de los mejores ranchos. Supongo que ha sido algo así. Quedan muchas cosas que no sabremos nunca. Sólo las saben los muertos...,

y quizá sea mejor así. ¿Me pregunta qué debe hacer? No voy a ayudarla en eso. Haga lo que crea justo simplemente.

—¿Qué quisiera usted que yo hiciese?

Lin Westen puso una de sus manos grandotas sobre las menudas de la muchacha.

—Si eso me lo preguntara la mujer que me amase a mí, sólo le diría una palabra: olvide. Entonces, yo comprendería que esa mujer era algo maravilloso. Pero usted no tiene por qué amarme a mí, Olivia, aunque..., aunque yo sintiese algo aquí dentro hacia usted desde el primer momento que la vi en Saint Angelo. No. No diga nada. Si alguna vez quiere decirme algo, que sea cuando lo haya pensado detenidamente, con sinceridad. Entonces vaya a ver a Douglas Queer y pregúntele dónde puede encontrar a Lyndon Horace Westen. Por favor: no diga nada... ahora.

Se volvió.

No había cuervos en el cielo.

Los cuervos devoraban a los cuervos.

* * *

Douglas Queer esperó a que Lin Westen terminase el relato. Entonces preguntó:

—¿Grover... no morirá?

—Ya te puse un telegrama antes de venir, Doug, no seas pesado. No morirá. Pero para él sería peor continuar vivo si Olivia Stovall dice la verdad.

—¿Crees que la dirá?

—No lo sé, Doug —suspiró Lin—. Quizá tú lo sepas antes que yo.

—¿Cómo?

—Si alguna vez Olivia Stovall se presenta a ti preguntando por mi paradero, será señal de que ella habrá dejado las cosas como estaban. Será señal de que tu hermano seguirá viviendo con la incógnita de si su mejor amigo fue o no fue un asesino. De todos modos, tu hermano saldó la deuda al salvar la vida de Olivia: la vida del padre por la vida de la hija. Quizá el propio Lester Stovall lo hubiese preferido así... ¿Puedo ayudarte en algo más, Doug?

—¿No te gustó mi sobrina?

—Es deliciosa, Doug... Deliciosa. Pero creo que no..., qué no es la mujer que yo... Bueno...

—¿Quizá lo es Olivia Stovall?

—Doug: me llamaste para este asunto tan delicado porque tú no podías hacerlo. Te he ayudado como he podido...

—No podías hacer más, Lin.

—Déjame acabar. Iba a decir que si alguna vez me vuelves a necesitar de un modo particular estoy a tu disposición. Soy tu amigo, y lo sabes bien. Pero no me preguntes lo que siente ahora mi corazón, Doug, porque ni yo mismo lo sé... Mejor dicho: ni yo mismo lo creo. Tengo más de veinte mil dólares ahorrados. Podría comprar una linda casita. Como la tuya, como la de tu hermano..., Pero no me gustaría vivir yo solo en ella.

—¿Así, Lin, de pronto?

—Así, Doug, de pronto. Pero seguramente yo soy de los que están destinados a vivir solos —tendió la mano—. Adiós, Doug.

Douglas Queer se puso en pie y estrechó fuertemente aquella mano firmísima sin decir nada. Pero cuando Lin Westen había abierto ya la puerta del despacho, Douglas Queer llamó.

—Lin.

—¿Qué hay?

—Si alguna vez viese yo a Olivia Stovall..., ¿le digo que estás en el cuartel de los Rurales de Monahans?

—Sólo si ella te lo pregunta, Doug.

ESTE ES EL PENAL MONAHANS, CONDADO DE WARD, TEXAS, 1880

El capitán de rurales alzó la cabeza cuando se abrió la puerta de su despacho.

—¿Qué hay, Elizah?

—Una señorita quiere hablar con usted, capitán.

—¿Conmigo?

—Dice que quiere preguntarla algo al capitán de este cuartel. Parece que busca a alguien, señor.

—¿A quién?

El muchacho parpadeó.

—A Lyndon Horace Westen, capitán.

El capitán inclinó la cabeza.

—Que pase, Elizah.

—Sí, señor.

Olivia Stovall entró segundos después. Caminó hasta plantarse delante del capitán, que todavía tenía inclinada la cabeza.

—Capitán: estoy buscando a uno de sus hombres, llamado...

El capitán de rurales alzó la cabeza y Olivia Stovall retrocedió un paso, luego, reponiéndose de su sorpresa, añadió:

—... un rural llamado..., llamado..., a... Lin. ¿Eres tú?

El apuesto capitán, limpio, afeitado, planchado, arrolladoramente viril, se puso en pie.

—Sí, Olivia, soy yo. Lyndon Horace Westen, capitán del destacamento de los rurales de Texas en Monahans.

—Dios mío...

—¿Decepcionada?

—¡Oh, no...! ¡No, por Dios! Un, yo venía a... Tú me dijiste... Bueno, he venido a decirte que..., qué...

Lin Westen rodeó la mesa, se detuvo ante la muchacha, y la tomó de los brazos suavemente. La estuvo mirando fijamente, y poco a poco las arrugas

de tensión en torno a los ojos fueron desapareciendo, tan lentamente que sólo una persona que le mirase como lo hacía Olivia Stovall podía notarlo viendo aquellos ojos que se iban iluminando lentamente desde dentro.

—Olivia: hay un hombre que me conoce bien. Se llama Douglas Queer. Estuve con él muchos años. Doug dice que soy un tipo de pistola y caballo. Es cierto: solitario, malgeniado, insatisfecho... Cualquiera día un forajido me clavará unas cuantas balas en el corazón. Pero hasta que ese día llegue me gustaría tener una casita blanca y roja, con jardín y surtidor. Me gustaría eso y todo cuánto significa, pero no puedo vivir yo sólo en una casa así. Creo que me moriría de tristeza. Si has venido, no es necesario que digas nada. Todo está dicho. Y estoy pensando... que quizá tú quieras intervenir en la construcción de esa casita... ¿Qué dices a, eso, Olivia? ¿Quieres intervenir?

—Sí, Lin.

FIN